

505
junio 2015

Francisco y los movimientos populares: Tierra, Techo y Trabajo



**Publicación internacional de
análisis y opinión de la Agencia
Latinoamericana de Información**

ISSN No. 1390-1230

Director: Osvaldo León

ALAI: Dirección postal
Casilla 17-12-877, Quito, Ecuador

Sede en Ecuador
Av. 12 de Octubre N18-24 y Patria,
Of. 503, Quito-Ecuador
Telf: (593-2) 2528716 - 2505074
Fax: (593-2) 2505073

URL: <http://alainet.org>

Redacción:
info@alainet.org

Suscripciones y publicidad:
alaiadmin@alainet.org

ALAI es una agencia informativa, sin fines de lucro, constituida en 1976 en la Provincia de Quebec, Canadá.

Las informaciones contenidas en esta publicación pueden ser reproducidas a condición de que se mencione debidamente la fuente y se haga llegar una copia a la Redacción.

Las opiniones vertidas en los artículos firmados son de estricta responsabilidad de sus autores y no reflejan necesariamente el pensamiento de ALAI.

Suscripción versión impresa (10 números anuales)

	Individual	Institucional
Ecuador*	US\$ 34	US\$ 40
A. Latina	US\$ 60	US\$ 80
Otros países	US\$ 75	US\$ 140

* incluye IVA

Cómo suscribirse:

www.alainet.org/revista.phtml
se aceptan pagos por Internet

Ilustración de portada:

Humanidad (óleo sobre lienzo, 2014)

"Al Papa Francisco, de los Movimientos Sociales"

Pavel Éguez - Ecuador

Diseño editorial

Verónica León

Francisco y los movimientos populares: Tierra, Techo y Trabajo

- 1 El Papa Francisco y los movimientos populares
La importancia de una aproximación histórica
João Pedro Stedile
- 3 La exclusión en el capitalismo contemporáneo
Juan Grabois
- 8 Tiempos de resistencia ética
Osvaldo León
- 9 Base material y espiritual
Tierra y territorio para el desarrollo del Vivir Bien
Diego Montón y Deo Carrizo
- 14 ¿A quién sirve el caos climático?
Silvia Ribeiro
- 17 La reforma política, la corrupción y el derecho a la ciudad
Eduardo Cardoso
- 20 Sobre la autogestión
Walter De los Santos
- 24 Acerca de la Economía Popular
Romina Chuffardi et al.
- 29 Laudato Si': sobre el cuidado de la casa común
Un llamado a la conversión ecológica
ALAI

El Papa Francisco y los movimientos populares

La importancia de una aproximación histórica

João Pedro Stedile

Con sus posturas y pronunciamientos referidos a las injusticias en la humanidad y su posicionamiento a favor de los más pobres, de los trabajadores y, en general, de los excluidos, el Papa Francisco, desde el inicio de su Pontificado, sorprendió gratamente a los militantes de movimientos populares de todo el mundo, por contraste con sus dos antecesores.

El mismo hecho de haber elegido el nombre de Francisco, con toda la carga simbólica que tiene San Francisco de Asís, sea para el comportamiento de las personas o incluso al interior de la Iglesia, representa en sí mismo un hecho histórico y revolucionario. Ningún otro pontífice ha tenido el coraje de honrar a Francisco de Asís.

En todos los asuntos sobre los que se ha pronunciado -la guerra en Siria, el hambre, la migración de africanos a Europa, la cuestión del desempleo, las personas sin hogar, etc.-, lo ha hecho siempre con una posición clara y firme; sin temor a señalar culpabilidades, abandonando la postura diplomática anterior, que justificaba la postura del Vaticano de estar siempre al lado de los poderosos y de organismos internacionales.

Por otra parte, desde un primer momento también viene impulsando cambios conducentes a un proceso de democracia interna dentro de los organismos del Vaticano, que se han convertido en verdaderas monarquías centralizadas, al tiempo que con valentía ha establecido sanciones contra aquellos miembros de la Iglesia comprometidos en actos criminales, pero que antes se los escondía bajo la alfombra.

El diálogo con los movimientos populares

Con estos vientos de cambio, desde el segundo semestre de 2013 comenzamos a recibir señales de que le gustaría tender puentes con movimientos populares de todo el mundo. Como tenía lazos históricos con movimientos de trabajadores precarios de Argentina, a través de ellos iniciamos los primeros diálogos respecto a cómo organizar una reunión mundial de movimientos populares.

A finales de 2013, en el Vaticano, con la participación de la Pontificia Academia de Ciencias y de la Comisión de Justicia y Paz, tuvimos diversas conversaciones para hacer realidad la voluntad del Papa Francisco. Realizamos un primer seminario para debatir las razones de las desigualdades sociales en el mundo, y cómo las veíamos desde los movimientos populares.

Después, propusimos y entregamos un documento elaborado por nueve científicos de todo el mundo, vinculados a Vía Campesina internacional, que trata de explicar al Papa las razones de por qué las se-

João Pedro Stedile es miembro de la Coordinación Nacional del Movimiento Sin Tierra -MST- y de la Vía Campesina Brasil.

millas transgénicas y los agrotóxicos son un peligro para la humanidad y la naturaleza.

En esta secuencia de nuestro diálogo permanente, realizamos un **Encuentro Mundial de Movimientos Populares** con el Papa Francisco en octubre de 2014. En la preparación del encuentro, por consenso se estableció que la representación debía ser de movimientos populares que se organizan y luchan por resolver tres derechos fundamentales de las personas: **tierra para sembrar, techo para vivir y trabajo digno**. También quedó explícito en nuestras articulaciones que deberíamos evitar tanto representaciones viciadas de mecanismos internacionales, como representaciones de la Iglesia, porque ya tienen otros espacios para articularse a nivel internacional.

De modo que nos encontramos más de 180 representantes de movimientos de trabajadores de todo el mundo, con una amplia pluralidad de credos religiosos, etnias, género, juventud, orientación sexual y representación geográfica, de todos los continentes. No hubo de parte del Papa Francisco o del Vaticano ningún condicionamiento.

El encuentro fue histórico. Por primera vez en la historia del Vaticano, el Papa se encontró con representantes de movimientos populares. Nos reunimos en el salón del Sínodo viejo, utilizado por siglos solamente por cardenales. Él mismo reveló que nunca antes había estado en ese lugar. Y ahí analizamos los problemas que enfrentan los trabajadores/as, sus causas y las propuestas para encontrar salidas.

Y en su exposición, el Papa Francisco defendió un programa síntesis de toda nuestra lucha, en la cual debemos perseverar, para que no haya más en la humanidad: **¡ninguno campesino sin tierra, ningún trabajador sin trabajo digno y ninguna familia sin vivienda digna!**

Ahora, nuevamente vamos a encontrarnos en Santa Cruz de la Sierra, Bolivia (9 julio 2015), con ocasión de su visita a ese país. La representación de los movimientos populares será más grande, con cerca de 1.500 compañeros y compañeras, principalmente de América del Sur, con los mismos objetivos: reflexionar sobre nuestra realidad y buscar las verdaderas soluciones que puedan contribuir para construir una sociedad más igualitaria, justa y fraterna. <



La exclusión en el capitalismo contemporáneo

Juan Grabois

1.- La exclusión como experiencia histórica

Mi generación nació con la “transición democrática” latinoamericana. Democracias mutiladas por el Plan Cóndor y el exterminio de miles de campesinos, obreros, estudiantes, militantes populares que enfrentaron la bestia capitalista, anhelando la justicia social y la emancipación de sus pueblos. Democracias con olor a derrota y privatización, entrega y saqueo, transa y corrupción. Conocimos el fariseísmo político en su grado superlativo y a los que, parafraseando al Che, ya no llevaban a los pobres ni a la patria en el corazón para luchar por ellos sino en la lengua para vivir de ellos.

Mi generación creció sumergida hasta el cuello en la obscena frivolidad de los noventa, desfachatada y exhibicionista, que no rindió a la virtud siquiera el vano tributo del disimulo. El fin de la historia se imponía con la soberbia estridente del Imperio triunfante, ahogando el grito de los muchos que caían en el desempleo y la desesperanza o, más bien, pisoteándolos. El individualismo hedonista se instalaba como cultura hegemónica y hasta la rebeldía se encuadraba dócilmente en las grotescas reglas del marketing. El mercado inundaba a los pueblos con espejitos de colores y, para los más exigentes, ofrecía experiencias artísticas, culturales, ideológicas y religiosas *a la carta*.

Mi generación nació a la conciencia a medida que descendía círculo a círculo por el infierno de la exclusión. Vio a sus papás perder el empleo y no encontrarlo nunca más. Vio a sus mamás salir a buscar carcazas de pollo por los almacenes para llenar la olla. Vio la peste de las drogas, la depresión y el alcoholismo destruir familias y segar vidas hasta que se hizo parte del paisaje. Lo sufrió en su propia carne en la villa y el barrio obrero; o la de su hermano, al que veía revolver la basura en busca de restos de comida desde la ventana enrejada de un hogar de clase media muerto de miedo por la “inseguridad”.

Mi generación conoció un proletariado que ya no podía siquiera vender esa mercancía que, decían los libros, era la única que poseía: su fuerza de trabajo. **Vio las cadenas de la explotación sustituidas por los muros de la exclusión.** Vio la sórdida tristeza del desamparo convertirse en violencia cotidiana, sin sentido que -entre tiroteos, pasta base y gatillo fácil- diezmaba la pibada de los barrios populares ante la mirada complacida del poder.

Mi generación se forjó en la lucha cotidiana por trabajo, dignidad y cambio social, sin maestros ni manuales, entre las ollas populares de los hambreados, los piquetes de los desocupados, los bolsones de los cartoneros, los asentamientos de los sin techo, los acampes obreros que buscaban recuperar las fábricas quebradas, las barricadas de los campesinos enfrentando desmontes, las comunidades indígenas defendiendo el territorio. Vio crecer, despacito y con paciencia, en el trabajo, la organización y la lucha, una nueva resistencia.

Juan Grabois, abogado argentino, miembro de la coordinación nacional de la Confederación de Trabajadores de la Economía Popular (CTEP).

Mi generación es hija de esta experiencia histórica. Conoció una faceta totalmente distinta de la injusticia social. No conoció la rutinaria explotación de la fábrica como símbolo de dominación. Dejó la sangre de sus jóvenes en el grito ahogado por un puesto de laburo, un pedazo de tierra, una casa de chapa, un bolsón de comida o un subsidio de miseria. *Puso el cuerpo en las luchas de Chiapas, Seattle, Génova, Caracas, Buenos Aires, Cochabamba, Oaxaca, pero fundamentalmente, en la lucha por el pan de sus hermanos.*

2.- La muralla de exclusión

El Papa Francisco caracteriza al orden socioeconómico mundial como un verdadero “culto idolátrico al Dios Dinero”. La globalización de esta nueva religión impuso a escala planetaria su mandamiento único: “obtendrás la máxima ganancia”. Gobiernos y poderes económicos erigieron en honor una muralla invisible que divide la humanidad entre integrados y excluidos, los iniciados en los rituales de producción-consumo adentro, y los que son únicamente material de descarte afuera. De un lado y del otro existe la desigualdad, la injusticia y la alienación pero los que están adentro gozan de cierta protección, comodidades, seguridad y derechos; los parias, en cambio, han de perder toda esperanza y arreglárselas como puedan. La perspectiva elemental de acceder a la tierra, el techo y el trabajo no existe más para ellos.

Desplazados del campo primero y expulsados de las fábricas después, los que viven del otro lado de la muralla ya superan numéricamente a los “ciudadanos plenos” en muchos países del mundo. Se cuentan por millones los hombres, mujeres y niños que se ven forzados a ganarse el pan “al costado del camino”, en condiciones de extrema precariedad, en labores insalubres, sin protección legal, sin papeles migratorios. Las conquistas del movimiento obrero pasaron a ser patrimonio de una fracción reducida de los trabajadores -los que quedaron adentro-. En África, Asia y América Latina, la informalidad laboral afecta a más del 50% de los trabajadores ocupados (Cf. OIT). Las cifras en los países centrales aumentan vertiginosamente, con un altísimo nivel de trabajo basura, temporario, trabajo part-time y un rampante desempleo juvenil que en España y Grecia, por ejemplo, rozan el 50% (Cf. OCDE). Las desigualdades al interior de lo que conocimos como “clase trabajadora” se agrandan y dividen a los que deberían permanecer unidos: los trabajadores.

En el mismo sentido, los asentamientos informales van convirtiéndose en el hábitat predominante de la humanidad: son más de 200.000 en el mundo, albergan entre 1300 y 1500 millones de seres humanos y reciben al 75% de los migrantes, refugiados o desplazados (Cf. UN-HABITAT). El contraste de este paisaje con la suntuosidad de los núcleos urbanos enriquecidos no puede más que dar la voz de alerta sobre la inmoralidad de este orden de cosas y del riesgo permanente para la paz social que trae aparejada semejante inequidad. En ocasiones, las murallas dejan de ser invisibles para transformarse en sólidas barreras físicas como las que separan los Country Clubs de las Villa Miseria, Israel de Palestina o México de EEUU.

Esta “economía que mata”, lejos de poner los avances de la ciencia y la técnica al servicio de la dignidad humana, los utiliza para agregar nuevos ladrillos a la muralla. La robótica y la biotecnología aplicadas exclusivamente para aumentar ganancias reduciendo costes laborales arroja a los hombres a una nueva clase desposeída, no ya de los medios de producción sino incluso de la mera posibilidad de poner su fuerza de trabajo a disposición del capital, pues “*no son solamente explotados sino sobrantes y desechables*”, como dice Francisco. Estos hermanos nuestros, después de excluidos, son re-utilizados como materia prima de la “industria del descarte”⁴ y se les exprime hasta la última gota de sangre en esa verdadera “picadora de carne”, esa “fábrica de esclavos” del trabajo sin derechos. La muralla no marca los límites de la soberanía del Capital: afuera también gobierna, tiránicamente, el Dios Dinero.

El desacople entre variables poblacionales (crecimiento demográfico, flujos migratorios) y socio-territoriales (distribución poblacional, posibilidades de empleo) llegó tan lejos que sus causantes lo ven hoy como principal amenaza para la “estabilidad” social. Es que la multitud de excluidos ejerce una cons-

tante presión sobre el muro. Tal vez por eso hoy reverdece una amplia variedad de teorías neo-maltusianas, algunas más sutiles, otras más explícitas, que en última instancia pretenden responsabilizar a los pobres de su propia situación y hasta planificar científicamente su exterminio. No es osado decir que el hambre, el narcotráfico, la muerte de miles de migrantes, las pandemias evitables, los “espontáneos” brotes de violencia tribal, la indiferencia frente al sufrimiento humano más descarnado, son formas de **terrorismo de Estado por omisión, plagas que se permiten, se promueven e incluso, se planifican.**

El hecho social de que en este sistema hay personas que sobran se eleva a la categoría de verdad natural. Sin embargo, la exclusión no es producto de la naturaleza ni de una fatalidad histórica. No es el resultado de un exceso de población, de limitaciones territoriales o de escasez de recursos. La muralla no se levanta sola. Las tesis maltusianas son una vil mentira que apunta a mistificar la muralla y justificar un verdadero plan de exterminio contra los pobres. En el capítulo XXIII de El Capital, Marx explica en términos de ciencia económica una obviedad desde el punto de vista del más básico humanismo moral: no existe la superpoblación en términos absolutos, sino tan sólo *en relación* a las necesidades mezquinas del capital, es siempre “relativa”. Desde el punto de vista popular, por ejemplo, podemos denunciar una verdadera superpoblación de plutócratas aunque sean tan sólo un puñado de familias (¡repartiendo la riqueza de tan solo 85 familias se duplicaría la de 3.000 millones de pobres!)

Con todo, en el pasado, los sobrantes integraban una suerte de “ejército industrial de reserva” que era útil porque ofrecía brazos cuando crecía la producción y mantenía la presión sobre la oferta de trabajo inhibiendo las demandas salariales. Hoy las cosas parecen haber cambiado. Así lo percibieron distintos pensadores del llamado tercer mundo. José Nun, sociólogo argentino, desarrolla el concepto de “**masa marginal**”. Sostiene que en una fase financiera y monopolista, digamos Imperial, el Capital crea una categoría poblacional que no forma parte de ninguna reserva, es población que no resulta funcional al proceso de acumulación capitalista; por el contrario, puede convertirse en una seria amenaza a su estabilidad, en una “**clase peligrosa**”, al decir del economista británico Guy Standing. Frei Betto califica con cierta ironía a los compañeros de este sector como “**pobretariado**” y lo considera el sujeto social más dinámico de esta etapa histórica.

El sistema se enfrenta hoy al desafío de gestionar los “residuos poblacionales” que arroja extramuros y reforzar sus defensas, para que no intenten cruzar. Lo hace a veces reprimiendo, a veces arrojando algo de asistencia social. En algún punto, tanto el control policial como cierto asistencialismo “*figura entre los faux frais [gastos varios] de la producción capitalista, gastos que en su mayor parte, no obstante, el capital se las ingenia para sacárselos de encima y echarlos sobre los hombros de la clase obrera y de la pequeña clase media*”.

3.- La Economía Popular como campo de batalla

Del otro lado de la muralla, los pobres y excluidos no se resignan a morir y crearon un circuito económico propio -la Economía Popular- que explica mucho mejor que los subsidios o la represión la forma en la que allí se sobrevive.

Se trata del conjunto de prácticas económicas orientadas a satisfacer las necesidades de tierra, techo y trabajo que se niega a los que viven del otro lado de la muralla. Lejos del cálculo productivista de la empresa capitalista, ese heterogéneo conjunto de actividades de subsistencia se desarrolla con recursos sencillos, lucha y sacrificio. Las actividades de economía popular logran traspasar la muralla de exclusión penetrando clandestinamente el corazón de las ciudades modernas, ocupando el espacio público y llevándose para las periferias un poquito de la riqueza que este sistema concentra en sus centros.

Es la fuerza vital del pueblo pobre que no se resigna a sobrevivir asistido, resiste, pelea y busca soluciones a sus problemas. Son los excluidos que -organizada o espontáneamente- consiguen con sus propias manos lo que el sistema les niega: tierra, techo y trabajo para miles de millones de personas

en todo el mundo. ¿Cómo lo hacen? Ocupando terrenos ociosos en las periferias urbanas para resolver la cuestión de la vivienda o en las zonas rurales para producir alimentos, ganando las calles céntricas de las grandes ciudades para vender baratijas o artesanías, creando grandes ferias para abastecerse a precios accesibles, recuperando fábricas abandonadas o quebradas para sostener los puestos de trabajo, recogiendo material reciclable de entre los residuos, transportando personas o encomiendas en vehículos sin licencia y un sinfín de actividades que, aunque los Estados se niegan a reconocer, no paran de crecer.

Existe una inmensa variedad de oficios populares: cartoneros y recicladores, vendedores ambulantes y feriantes, transportistas y mensajeros informales, trabajadores de empresas recuperadas y emprendedoras populares, campesinos y agricultores familiares, etc. Los elementos comunes son básicamente tres: 1) los sectores populares tienen la **posesión de sus medios de producción**, 2) la producción no se organiza desde la racionalidad burguesa sino desde la **cultura popular**, 3) el trabajo es técnicamente autónomo aunque económicamente dependiente e jurídicamente **desprotegido**.

La Economía Popular no es un fenómeno estático sino dialéctico, un movimiento, con sus tres momentos. Es una **realidad** terriblemente precaria que emerge de la exclusión capitalista; un **camino** de resistencia colectiva frente a esa exclusión; un **destino** que aspiramos moldear en la lucha popular. El sujeto activo que permite transitar estas tres etapas, el catalizador de los procesos de cambio, es el pueblo pobre organizado, es decir, la **organización comunitaria de base, articulada en estructuras locales, regionales, nacionales e internacionales**.

Sin organización comunitaria, la economía popular es un mero “capitalismo periférico” que no debe idealizarse. La economía popular, así en bruto, no es una forma de comunismo primitivo ni el país de las maravillas sino el resultado de una previa imposición económica que es la exclusión. Las prácticas de economía popular no son experimentos de autogestión (“economía social”) pergeñados en La Sorbona sino formas de resistencia económica a la exclusión que muchas veces crecen como un árbol torcido. Existen situaciones de opresión e injusticia terribles que suceden al interior de la Economía Popular. Del otro lado de la muralla, como dijimos, también gobierna el Dios Dinero y muchas veces logra imponer su mandamiento. Por eso, podemos decir que la Economía Popular es un verdadero campo de batalla entre una orientación comunitaria y otra parasitaria, la primera construye el poder **de** los excluidos la segunda lo ejerce **sobre** los excluidos.

La Economía Popular tampoco está desconectada de esa Gran Red que es la economía idolátrica de mercado. Nuestros compañeros están **excluidos de los derechos sociales pero asimétricamente integrados en los procesos de acumulación capitalista**. Del otro lado de la muralla no solo está el descarte social sino muchas posibilidades de negocios para capitales aventureros que se animan a traspasarlo. Como decía Edward Thompson *“estamos acostumbrados a pensar que la explotación es algo que ocurre sobre el terreno, en el momento de la producción”*. Esta forma de ver las cosas nos impiden comprender las nuevas formas de explotación indirecta y opresión que muchas veces someten a nuestros compañeros. Las cadenas de valor que incorporan trabajo popular externalizado (por ejemplo, reciclado, industria textil, etc.), los Estados que aplican impuestos regresivos sobre el consumo popular; las multinacionales que imponen pautas de consumo y productos en la canasta alimentaria; la especulación inmobiliaria que ejerce una tremenda presión sobre barrios y territorios populares; y el mismísimo sector financiero, hegemónico y depredador, que también endeuda a los humildes. Exclusión y explotación no son mutuamente contradictorias. En general, se dan juntas.

4.- Los excluidos organizados. Los humildes como sujeto de cambio

La idea de exclusión social tiene evidentes dificultades teóricas. Define un sujeto social no por sus atributos sino por sus carencias. Este enfoque tiene una larga tradición en la historia de las luchas populares. Los descamisados, los desheredados, los desposeídos, los desamparados fueron protagonistas de los grandes procesos de cambio. El peronismo hablaba de “los humildes” para caracterizar a los que,

junto a los obreros asalariados, eran parte fundamental de la alianza social de cambio en la Argentina oligárquica. Es un término hermoso porque viene del latín, *humus*, Tierra. Somos, nada más ni nada menos, gente de la Tierra... por algo fue esta la denominación que adoptó un indómito pueblo originario de la Patagonia: los Mapuches (*Mapu*: tierra; *Che*: gente)

Otro problema radica en la estrechez de ciertas interpretaciones mecanicistas de las ideas de izquierda que convirtieron una “guía para la acción” en un dogma anticuado. La idea de que el trabajador asalariado produce por encima del valor de su fuerza de trabajo tuvo una enorme potencia política e ideológica en las luchas del siglo pasado. Generó la convicción de que quien trabaja tiene derecho a más de lo que recibe, y por ende, es acreedor de una deuda social. En nuestros tiempos, esta noción, aunque vigente y necesaria, es evidentemente insuficiente como premisa teórica.

En esa perspectiva, sin una adecuada actualización teórica, el excluido, sin inserción directa en la empresa capitalista, parecería carecer de legitimidad para luchar y reclamar. “¡Yo qué tengo que ver con ese tipo si no es empleado mío! ¡Yo no le robo ni un poquito de plusvalía!”, dice el empresario. “¡Yo qué tengo que ver con esa mujer si no es mi afiliada! ¡Ella no vende su fuerza de trabajo!”, dice el sindicalista. Este razonamiento es utilizado, no solo por los sectores capitalistas que ajironan el marxismo a su propia conveniencia sino por muchos dirigentes sindicales y activistas. Como los humildes no cuajan en la definición estática y positivista de *clase*, se naturaliza su situación de precariedad, se les niega el carácter de sujeto social protagónico e incluso se los tilda de *lumpenaje*. Caen en el error que indicaba el citado Thompson: suponer “*que las clases existen, independientemente de relaciones y luchas históricas, y que luchan porque existen, en lugar de surgir su existencia de la lucha*”.

En la práctica histórica latinoamericana de las últimas décadas vemos, con prístina claridad, que el sector popular más dinámico en lucha por el cambio social son los excluidos, los humildes organizados del campo y la ciudad. Las fisuras más emblemáticas del periodo neoliberal no se dieron entre patronos y obreros sino a partir de la resistencia de los excluidos que tienen su propia forma de conciencia y resistencia. Son formas de conciencia y resistencia de carácter más “horizontal” que “vertical”, donde no son tan importantes las *diferenciaciones internas* que puedan existir en determinada actividad económica, unidad productiva o territorio sino la unidad *en tanto* excluidos, humillados y despreciados, habitantes de la villa y el asentamiento, miembros de una misma comunidad campesina o indígena. Y se dan fundamentalmente en torno a los derechos de posesión y/o uso de tierras, inmuebles, licencias, permisos y el espacio público. La estratificación interna -a veces profunda- que se da, por ejemplo, en una villa o una gran feria popular, en las actividades populares urbanas o en una colonia hortícola, son contradicciones secundarias que se resuelven a través del fortalecimiento de la organización comunitaria como sustrato organizativo de la economía popular, desarrollándola en clave solidaria, promoviendo formas de propiedad comunitaria sobre los medios de vida y la distribución equitativa de los frutos del trabajo. ◀

Tiempos de resistencia ética

Oswaldo León

En días pasados estalló un secreto a voces: la existencia de corrupción en la FIFA, tras el proceso abierto en EE.UU. a altos dirigentes de esta entidad supuestamente implicados en un sinnúmero de irregularidades y actos delictivos, a partir de investigaciones realizadas por el FBI. Paradójicamente, con golpes de pecho y discursos moralizantes han tratado de capitalizar este evento, directa o indirectamente, corporaciones comprometidas con tales jugarretas, como las grandes cadenas mediáticas y sus bifurcaciones. Las mismas que condenaron a grandes figuras del fútbol cuando con anterioridad formularon denuncias de este tipo.

La resonancia de este acontecimiento, sin duda, tiene que ver con el hecho de que se trata de una de las expresiones más indicativas de la globalización en términos mercantilistas: el fútbol, uno de los deportes más populares del orbe, tiene a la FIFA como su instancia máxima con estatus de ONG sin fines de lucro, pero en sus arcas cuenta con cifras monetarias como cualquiera de las grandes empresas transnacionales, pero superando a la mayoría de ellas en la capacidad de influencia política.

No se trata de una excepción. Para limitarnos a los últimos acontecimientos, días atrás se había revelado la participación de políticos y empresarios de diversos países en movimientos financieros fraudulentos operados por el banco HSBC. Y si pasamos al plano de los organismos internacionales, basta mirar lo que sucede en el seno del Fondo Monetario Internacional (FMI), cuyos tres últimos dirigentes han sido investigados por actos de corrupción.

Estos hechos no son fortuitos. Como sostiene el sociólogo francés Alain Touraine, autor de la obra *El fin de las sociedades*, son expresión más bien del dominio del capitalismo financiero que está anulando las construcciones sociales del pasado. Quien, por lo mismo, asume que lo que queda es confiar en la resistencia ética. Y en esta línea destaca la presencia del Papa Francisco en el escenario internacional, por su trayectoria y vocabulario.

A diferencia de sus antecesores, desde el inicio de su misión Francisco asume claramente un rol de estadista, colocando en su agenda los problemas del mundo y de la sociedad, a partir de una postura autocrítica respecto a la propia Iglesia (reforma de los organismos vaticanos, correcciones en la administración económica, punición a los actos de pedofilia, etc.), para que ésta se torne de puertas abiertas.

Rescatando la concordancia entre la palabra y los hechos, su compromiso con la paz y la solución de los conflictos internacionales ha tenido múltiples expresiones, desde la denuncia de que “una tercera guerra mundial puede haber empezado de a poco, con crímenes, masacres y destrucciones”, hasta acciones mediadoras específicas (Israel y Palestina, EE.UU. y Cuba, Siria, etc.).

El Papa acaba de publicar la Encíclica [*“Laudato si’, sobre el cuidado de la casa común”*](#), convocando a una conversión ecológica. El año pasado, con su exhortación apostólica [*Evangelii Gaudium*](#) expuso su pensamiento social y dejó en claro sus cuestionamientos al neoliberalismo, reivindicando la primacía del ser humano sobre el capital y la necesidad de recuperar pautas éticas en la vida personal y colectiva. En esta línea, propició el *Encuentro Mundial de Movimientos Populares* (Roma-Vaticano, 27-29 octubre 2014), para vislumbrar conjuntamente “nuevos caminos de inclusión social”. Y desde entonces ha quedado abierto un espacio de diálogo, al tenor de las [*palabras de Francisco en este cónclave*](#): “Queridos hermanas y hermanos: sigan con su lucha, nos hace bien a todos”. ↩

Base material y espiritual

Tierra y territorio para el desarrollo del Vivir Bien

Diego Montón y Deo Carrizo

La Reforma Agraria es una obligación moral de los gobiernos
Papa Francisco

“debemos derrotar el modelo agrícola impuesto por las corporaciones del agronegocio, que apoyado por los capitales financieros internacionales y basado en monocultivos transgénicos, uso masivo de agrotóxicos y expulsión de campesinas y campesinos del campo, es el principal responsable de las crisis alimentaria, climática, energética y de urbanización”
Declaración del VI Congreso la CLOC Vía Campesina, Buenos Aires 2015

La tierra, el pan y paz son una trilogía de reivindicaciones populares que atraviesan nuestra historia. Tanto las transformaciones luteranas que tuvieron una fuerte base campesina como la revolución rusa o china, son ejemplos de revoluciones que se arraigan originalmente en esas consignas.

América Latina, desde la conquista en adelante, está atravesada por esa disputa. La disputa material por la tierra, y también su dimensión ética y espiritual sobre cómo la concebimos: la cosmovisión.

Para las diversas filosofías originarias, la tierra es nuestra madre, nosotros pertenecemos a ella, y el usufructo de sus bondades es colectivo, comunitario y necesariamente respetuoso con la integralidad de la naturaleza.

Por todo esto, en América al menos, es difícil pensar en el cumplimiento efectivo de los derechos humanos, económicos sociales y culturales, sin satisfacer el derecho al uso de la tierra, pensando a la misma como un patrimonio colectivo cuyo fin es garantizar el vivir bien. Podemos asegurar que al despojarnos de la tierra y el territorio, se nos arrebató parte de la identidad. Otro derecho fundamental.

Lamentablemente en los últimos años, según la FAO, en América Latina se visualizan “intensos procesos de concentración y extranjerización de tierras”¹.

Durante más de 500 años, los pueblos indígenas han resistido la ofensiva imperialista, que no solo desconoce la cultura y espiritualidad sino que además, en términos del derecho liberal, despojó a los pobladores de sus legítimos derechos de uso y posesión de la tierra.

En el sur del Continente hace 200 años, en el marco de las revoluciones por la independencia de España, Artigas, de la mano de campesinos, charruas, guaraníes y negros, lanzó el Código de tierras y bajo

¹ Reflexiones sobre la concentración y extranjerización de la Tierra en América Latina y el Caribe - FAO:
<http://www.fao.org/3/a-i3075s.pdf>

Diego Montón y Deo Carrizo son integrantes de la Secretaría de la Coordinadora Latinoamericana de Organizaciones del Campo - Vía Campesina (CLOC-VC).

la consigna de “Tierra para los nadie” distribuyó, entre los sectores populares, las tierras confiscadas a los terratenientes con la condición de que se radiquen y trabajen en ella. Podemos afirmar que la función social de la tierra era parte del proyecto histórico de la Patria Grande.

100 años después, en México, Emiliano Zapata y Pancho Villa sentaron las bases de la Reforma Agraria, “La Tierra para el que la trabaja”, logrando el reconocimiento de la tierra comunal, fuera del mercado liberal. Estas conquistas, al no lograr profundizarse en transformaciones estructurales de la sociedad, fueron quedando subordinadas a los intereses de las burguesías y las ofensivas coloniales. Derroteros similares en Chile y Nicaragua con sus contrarreformas.

La Reforma Agraria cubana, realizada en el marco de la revolución socialista, no solo perduró, sino que continúa profundizándose actualmente con la distribución de la tierra para desarrollar agricultura campesina y agroecológica. Fue en parte gracias a esa Reforma Agraria que los cubanos resistieron al bloqueo sin desnutrición. En Bolivia, el Gobierno de Evo y los movimientos campesinos indígenas originarios distribuyeron 62,8 millones de hectáreas² bajo diversas formas de propiedad para campesinos indígenas y agricultores familiares, asignando el 43% de las mismas a las mujeres. Estas políticas de Cuba y Bolivia se dan a contracorriente de un proceso de concentración de la tierra que vive nuestro continente.

Crisis y nueva ofensiva imperialista sobre la tierra

Actualmente, en el marco de la crisis del capitalismo, que no es solo económica y financiera, sino que es crisis alimentaria, energética y climática, la disputa por la tierra adquiere nuevas características.

En la división internacional del trabajo y la producción que plantea el capital, nuestro continente debe producir materias primas y principalmente commodities. Disponiendo de enormes masas de capital, derivadas del sistema financiero y sus burbujas, las corporaciones transnacionales invaden nuestros territorios con el objetivo de subordinar nuestra tierra a sus intereses. Si bien es una historia y procedimiento que viene desde los tiempos de la Colonia, en la actualidad, la velocidad de despojo y de transformación de los territorios es impresionante.

Y es que es tal el caudal de capital que manejan estas corporaciones, que en pocos días pueden transformar miles de hectáreas de bosques nativos y diversos donde viven y producen alimentos decenas de familias campesinas, en un manto verde de monocultivos transgénicos, que producen mercancías para la especulación en el mercado global de alimentos.

Se calcula que en los últimos 30 años se han talado en América Latina cerca de 2 millones de kilómetros cuadrados de bosques, lo que equivaldría a una superficie mayor que la de México.

Este es el proyecto global del capital financiero para la agricultura y el **agronegocio**, que disputa hoy la tierra con la vida campesina indígena y nuestro proyecto histórico de producción de alimentos para los pueblos, que denominamos **Soberanía Alimentaria**.

Tecnología como mecanismo de subordinación

A partir de la base de una gran diversidad biológica, producto de más de 10 mil años de agricultura campesina indígena, las corporaciones desarrollan una tecnología que les permite controlar la agricultura y su renta; se basa en consolidar un sistema de propiedad intelectual y patentes sobre las especies agrícolas, de la mano de los transgénicos. En los hechos, se privatizan las semillas y las variedades agrícolas que son patrimonio de los pueblos. Esta tecnología permite reducir el trabajo en el campo

2 Según informe 2014 de Ministerio de Desarrollo Rural y Tierras de Bolivia

umentando el uso de agrotóxicos, además de fusionar el mercado de semillas transgénicas con el de plaguicidas que se hacen interdependientes.

Al consagrarse esta tecnología, un puñado de corporaciones transnacionales, entre ellas Monsanto, Bayer, Syngenta, Dreyfus, Cargill, ADM, controlan los mercados de semillas, de agrotóxicos y de granos.

La concentración del mercado y el entramado que existe entre las corporaciones, bancos y fondos de inversión, permiten que se establezcan altísimos precios para los commodities, precios que no responden a la oferta y demanda, ni a costos de producción, sino que están sujetos a la especulación.

Estos altos precios, por un lado impactan en los alimentos en general, agravando la crisis alimentaria global, que, según ETC Group, afecta a más de 2000 millones de subnutridos en el mundo.

Bajo este esquema, los alimentos se convierten en mercancías, y cada vez resulta más difícil acceder a ellos. Según la FAO, más del 40% de los alimentos que circulan por esta cadena agroalimentaria se desperdician.

En términos de renta, quienes se llevan las grandes porciones de este modelo agrícola son las corporaciones, mientras que a los Estados y empresarios locales les dejan una mínima porción de la misma; sin embargo estos elevados y desproporcionados precios de los commodities, han jugado un papel de seducción y condicionamiento de los gobiernos en América Latina, pues al facilitar el desarrollo de la agricultura industrial se perciben altos ingresos por concepto de divisas que tanto requieren los países en desarrollo para equilibrar sus balanzas de pago.

Pero el costo que se paga es demasiado alto, pues se producen transformaciones estructurales que vuelven a nuestras democracias muy vulnerables: millones de familias despojadas de sus tierras viven concentradas y hacinadas en megalópolis, en las cuales no hay trabajo ni vivienda para todos y los gobiernos progresistas se ven obligados a generar planes de asistencia para paliar el hambre y la indigencia.

Violencia

Los movimientos campesinos, organizados para resistir esta embestida, sufrimos la violencia, criminalización y, en muchos, casos, la muerte.

El 22 de julio comienza el juicio por la masacre de Curuguaty, en Paraguay, donde un agroempresario se apropió de una propiedad del Estado y cuando los campesinos quisieron recuperarla, fueron emboscados y masacrados; 11 campesinos murieron, sin embargo en el juicio, solo hay campesinos acusados. Esto muestra cómo el poder judicial y las fuerzas represivas están en función de los intereses del capital transnacional y sus socios locales.

Fue la masacre la que terminó con la presidencia de Fernando Lugo. Allí en Curuguaty, fue donde por esos caprichos de la historia terminó sus días Artigas en el exilio, tras la derrota de su proyecto de Patria Grande.

Más de 100 dirigentes campesinos han sido asesinados en Honduras. Mapuches, líderes campesinos y sindicalistas del campo están presos políticos en las cárceles de Chile, Paraguay, Colombia, México, entre otros.

Solo algunos ejemplos del hostigamiento que padecen quienes asumen luchar por los derechos campesinos indígenas en nuestro continente, en democracia o en dictaduras, y producto de esta ofensiva por la tierra y por el modelo de producir alimentos.

La violencia puede tener cara paramilitar, o ejército, traducirse en desalojos, o trabajo esclavo, o de fumigación con agrotóxicos. En los años 2013 y 2014, la CLOC VC, presentó informes regionales ante la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, en los cuales se visualiza un patrón común entre las violaciones a los derechos de las campesinas y campesinos, el avance de las corporaciones transnacionales y su proyecto de agricultura en la región.

Agricultura campesina indígena: Base para la Soberanía Alimentaria

Contra todo relato “científico” de las corporaciones el agronegocio no es más eficiente en términos energéticos que la agricultura campesina, al contrario, mucho más ineficiente. ETC Group muestra en diferentes análisis que la agricultura campesina agroecológica utiliza hasta 30 veces menos energía para producir un kilo de maíz o arroz comparando con el paquete tecnológico que usa la agricultura industrial en EE.UU. El mismo informe indica que con tan solo $\frac{1}{4}$ de la tierra agrícola mundial, la agricultura campesina alimenta a más del 70% de la población global.

Es evidente que hoy la lucha por la tierra no se reduce solo al derecho de las personas a resistir o acceder a la misma, sino que se disputan, además, dos formas de concebir la agricultura y la función de la misma.

El proyecto imperialista busca perpetuar el colonialismo y el saqueo de la mano de la agricultura industrial, poniendo la tierra en función de los intereses del capital financiero. Las burguesías regionales están subordinadas a este proyecto.

El proyecto popular, en cambio, requiere de soberanía alimentaria, como condición para profundizar la democracia y construir la independencia definitiva.

La Soberanía Alimentaria solo es posible de la mano de la agricultura campesina indígena y del desarrollo de la agroecología.

Es necesario impulsar un proceso de Reforma Agraria Integral y Popular en todo el continente, que permita volver a darle función social a la tierra.

Hablamos no solo de tierra para los que viven en el campo, sino también de la vuelta al campo de los millones de migrantes y excluidos de las ciudades.

Esta Reforma Agraria Integral y Popular consiste en:

- **Democratizar la tierra:** garantizando el derecho de todos los trabajadores a acceder a la tierra para vivir y producir en ella. Garantizar la permanencia en la tierra de las familias campesinas indígenas. Facilitar mecanismos de acceso a la tierra para todas las familias. Garantizar el reconocimiento y restitución de territorios a los pueblos indígenas. Expropiar todas las tierras que no cumplen su función social, así como las tierras de las corporaciones y bancos extranjeros y fondos de inversión y especulación y utilizarlas para el asentamiento de familias sin tierra. Establecer límites máximos a la propiedad de la tierra, y suprimir el cobro de arrendamientos y renta por el uso de la tierra.
- **Nueva organización de la producción agrícola:** La prioridad debe ser la producción de alimentos saludables para el mercado interno y local, sin agrotóxicos, sin semillas transgénicas, bajo el principio de Soberanía Alimentaria, promoviendo la cooperación y la asociación cooperativa, fortaleciendo el trabajo comunitario y su relación con empresas públicas. El Estado debe regular los mercados y garantizar precios justos a los agricultores y los consumidores, estableciendo programas de compra de la producción y de mercados populares que quiebren los monopolios de las corporaciones.
- **Tecnología apropiada:** Se debe promover y desarrollar la agroecología como tecnología para la

producción agrícola, bajo los objetivos de aumentar la productividad del trabajo y de la tierra, en equilibrio con la naturaleza. Deben prohibirse toda forma de propiedad intelectual o patente sobre semillas y bienes naturales. Promover el desarrollo de energías renovables y soberanía energética local en todas las comunidades.

- **Agroindustria:** Requiere el desarrollo de agroindustrias campesinas locales, de manera de agregar valor a la producción y generar trabajo en el campo. Deben existir políticas públicas y recursos destinados a promover en todas las comunidades que la renta de la industria quede para los campesinos y las comunidades rurales.
- **Infraestructura y desarrollo rural:** Es imprescindible la educación y la salud de calidad en el campo, así como la infraestructura comunitaria, caminos, centros integradores y conectividad para mejorar la calidad de vida en el campo.
- **Políticas públicas:** El Estado debe generar instituciones sin burocracia que establezcan estos programas agrarios, con créditos y subsidios suficientes, asistencia técnica y mecanismos de regulación, control y sanción a las corporaciones y oligopolios.

Este proyecto para la agricultura no será posible solo a partir de las luchas campesinas indígenas; es necesario que forme parte del proyecto popular y que la clase trabajadora, los sectores populares del campo y la ciudad se comprometan con el mismo. Solo una lucha unitaria nos abrirá paso a las transformaciones que los pueblos necesitamos.

Democracia, igualdad y paz: La esperanza de la Patria Grande

UNASUR y la CELAC representan una ruptura en la historia colonial y una esperanza para nuestros pueblos; recuperamos el proyecto histórico de la Patria Grande, y en ese contexto debemos preguntarnos:

¿Es posible la emancipación sin Soberanía Alimentaria? ¿Es posible profundizar nuestras democracias de la mano de las corporaciones? ¿Es posible la justicia en territorios dominados por las lógicas del capital financiero?

La ofensiva política del imperialismo utiliza el desabastecimiento de alimentos como un arma letal. Vemos cómo esta herramienta anticipó el golpe a Salvador Allende, cómo es utilizada hoy en Venezuela, cómo en Argentina los monopolios alimentarios presionan al aumento sistemático de los precios de los alimentos. Sin duda, condicionan a los procesos democráticos.

Por eso afirmamos que solo será posible profundizar la integración y construir un proyecto popular latinoamericano, si consolidamos la Soberanía Alimentaria. Y esto solo es posible con una profunda Reforma Agraria Integral y Popular que recorra todo el continente y vuelva a poner a la tierra en las manos de la agricultura campesina en función del Buen Vivir de nuestros pueblos. ◀

“Otra dimensión del proceso ya global es el hambre. Cuando la especulación financiera condiciona el precio de los alimentos tratándolos como a cualquier mercancía, millones de personas sufren y mueren de hambre. Por otra parte se desechan toneladas de alimentos. Esto constituye un verdadero escándalo. El hambre es criminal, la alimentación es un derecho inalienable. Sé que algunos de ustedes reclaman una reforma agraria para solucionar alguno de estos problemas, y déjenme decirles que en ciertos países, y acá cito el Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia, “la reforma agraria es además de una necesidad política, una obligación moral” (CDSI, 300)”.

Papa Francisco, discurso a los participantes en el
Encuentro Mundial de Movimientos Populares (28 octubre 2014)

¿A quién sirve el caos climático?

Silvia Ribeiro

El cambio climático es una de las consecuencias más brutales del sistema dominante industrial de producción y consumo. Tanto por sus impactos sobre la gente común, que afectan principalmente a los más pobres y vulnerables, como por el hecho de haber desequilibrado un ecosistema global que es el resultado de millones de años de estabilización y que es base de toda la vida en la Tierra.

Los efectos del caos climático son cada vez más graves: violentas tormentas, sequías, inundaciones, migraciones. Sus causas están claras, pero como cuestionan las bases mismas de la “civilización petrolera” y los intereses de las empresas que más se benefician con ella (industrias de energía, petroquímica, agronegocios), la oposición a cambiarlas es férrea. Como el desastre va en aumento, la estrategia es aparentar que toman medidas para paliar la crisis -peligrosas falsas “soluciones”- que les aseguran formas de lucrar con el desastre. Esto es lo que las industrias y gobiernos a su favor preparan como resultado del nuevo acuerdo global sobre cambio climático que se prevé tomar en París en diciembre 2015. Es gravísima la falta de medidas reales para combatir las causas del caos climático, y a ello se suma que las falsas soluciones tienen impactos muy serios, incluso desequilibrar más el clima.

La causa principal del cambio climático es la expansión del industrialismo basado en petróleo, gas y carbón, mayormente para generación de energía, sistema alimentario agroindustrial y urbanización salvaje. La responsabilidad histórica es brutalmente desigual: diez países, principalmente Estados Unidos y países europeos, causaron más de dos tercios de los gases de efecto invernadero (GEI) emitidos desde 1850. Por su entrada al industrialismo salvaje, desde 2010 el principal emisor es China, ahora con 23% de las emisiones globales, seguido de Estados Unidos, con cerca de 16%. Sin embargo, traducido a emisiones por persona, Estados Unidos emite en promedio 17 toneladas por persona y China 5,4.

Estados Unidos, con 4.3 por ciento de la población mundial, consume 25 por ciento de la energía global. Otra faceta de la creciente injusticia económica en el planeta, donde el uno por ciento más rico de la población tiene el 50 por ciento de la riqueza mundial y en el otro extremo, el 80 por ciento de la población mundial más pobre, apenas tiene el 5,5 por ciento de toda la riqueza mundial (Oxfam, 2015).

Estamos ante un modelo profundamente injusto de explotación de la gente y la naturaleza, que solo beneficia a una pequeña minoría, pero está llevando el planeta a romper todos los límites ecológicos de sobrevivencia, de los cuales el clima es uno de los más evidentes y graves. Urge cambiar ese modelo y reducir drásticamente la emisión de gases de efecto invernadero, única solución real. Pero con el poder económico de las industrias beneficiadas y los enormes subsidios que reciben de los gobiernos -a quienes retornan el favor apoyando sus campañas políticas- cambiar o reducir emisiones no está en su agenda.

¿Agricultura climáticamente inteligente o más contaminante?

Los sistemas de agricultura y alimentación son una de las mayores paradojas. El sistema alimentario agro-industrial, desde las semillas y agrotóxicos, pasando por transportes, procesamiento, empaques,

Silvia Ribeiro es investigadora del Grupo ETC. www.etcgroup.org

refrigeración, hasta la venta en grandes supermercados, provocan de 44 a 57 por ciento de los gases de efecto invernadero. Sin embargo, solamente alimentan a un 30 por ciento de la población mundial, aunque usan entre 70 y 80 por ciento del agua, de combustibles de uso agrícola y de las tierras.

Nos inundan de mentiras sobre la baja productividad e insuficiencia de los sistemas campesinos de producción y mercados locales, pero lo cierto es que estas formas de producción, distribución y consumo, incluyendo la recolección y las huertas urbanas alimentan al 70 por ciento de la población mundial, pese a que los campesinos solo tienen el 25 por ciento de las tierras a nivel global y usan del 20 al 30 por ciento de los combustibles y agua de uso agrícola. Si los campesinos tuvieran tierra suficiente y políticas públicas de apoyo, el manejo campesino y agroecológico de los suelos, puede absorber el exceso de gases de efecto invernadero en 50 años además de proporcionarnos mejores alimentos a todos, disminuyendo la desigualdad (ETC Group, 2014; La Vía Campesina y Grain, 2015).

Por el contrario, la receta que plantean empresas de agronegocios, algunos gobiernos y la FAO, se llama “agricultura climáticamente inteligente” y empeorará el problema. Se trata de más transgénicos, ahora “resistentes” a sequías, inundaciones y estrés ambiental. Características que la industria roba de cultivos campesinos, pero quiere imponer con semillas transgénicas, que además aumentarán el uso de agrotóxicos y la contaminación. No funcionarán contra el cambio climático, pero eso no impide que las intentarán vender. El paquete de la “agricultura climáticamente inteligente” incluye además apropiarse de los suelos para secuestro de dióxido de carbono, como técnica separada de la vida campesina, sólo para cobrar créditos de carbono y comerciarlos en mercados especulativos, creando más vulnerabilidad a quienes se presten al engaño.

La trampa de las petroleras

Por su parte, la industria petrolera prepara una maniobra para seguir explotando combustibles fósiles, seguir emitiendo gases y además cobrar por “secuestrarlos”. La industria de energía es la más poderosa del globo. De las doce mayores empresas del planeta, ocho son de petróleo y energía, dos son comerciantes de alimentos y dos fabricantes de automóviles (Revista *Fortune*, 2015). Las mayores empresas globales coinciden con los mismos sectores que según los expertos son los principales causantes del cambio climático: energía, sistema agroalimentario, transportes y urbanización.

Las industrias de energía manejan una infraestructura de 55 billones de dólares en todo el planeta. Tienen reservas no explotadas estimadas en 25-28 billones de dólares. Según el Fondo Monetario Internacional los gobiernos subsidian a esas industrias con 5,3 billones de dólares anuales, o como calculó el diario británico *The Guardian*, 10 millones de dólares por minuto, durante todos los días del año 2015. Un monto mayor que los gastos de salud sumados de todos los gobiernos del mundo (FMI, 2015).

Esa suma incluye subsidios directos e indirectos, como los enormes gastos de salud y ambiente imputables al uso de combustibles fósiles. El informe del FMI fue rebatido por fuentes empresariales, alegando que son subsidios al consumo y que otros combustibles también tienen impactos. Pero en cualquier caso se trata de cifras exorbitantes de subsidios públicos para las empresas más contaminantes y ricas del planeta.

Con tales cifras en juego en infraestructura, reservas y subsidios, es obvio que la industria de la energía no renunciará a sus inversiones aunque el planeta se caliente hasta morir. Por eso, la geoingeniería les resulta una solución “perfecta”: no tienen que cambiar nada, pueden seguir calentando el planeta y encima cobrar por enfriarlo, vendiendo más tecnología.

Las propuestas de geoingeniería incluyen manipular el clima a través de tapar el sol (para bajar la temperatura), remover los gases de la atmósfera y enterrarlos en fondos geológicos, cambiar la química de los océanos, blanquear las nubes, entre otras. Todo en geoingeniería implica altos riesgos, por lo cual

está bajo una moratoria en Naciones Unidas. Por ello la maniobra es comenzar legitimando algunas propuestas, aunque no funcionen, para luego imponer el paquete de las más riesgosas, alegando que es demasiado tarde para otra cosa. Lo que empujan ahora se llama CCS y BECCS (por sus siglas en inglés): “captura y almacenamiento de carbono” y “bioenergía con captura y almacenamiento de carbono”.

CCS es un cambio de nombre de una técnica que ya existía en la industria petrolera: *Enhanced Oil Recovery* (EOR, recuperación mejorada de petróleo). Se trata de inyectar dióxido de carbono (CO²) a presión en pozos de petróleo ya explotados, para empujar las reservas más profundas hacia la superficie. No se ha desarrollado porque la instalación de esta tecnología es cara y lo extraído no compensa la inversión.

Ahora, con el mágico cambio de nombre a CCS, las petroleras afirman que almacenarán CO² en los pozos de petróleo y otros fondos geológicos, retirando el carbono de la atmósfera y por tanto es una medida contra el cambio climático, que debe ser apoyada y recibir créditos de carbono. Sostienen que así podrán contrarrestar emisiones de dióxido de carbono de industrias contaminantes (minería, carboeléctricas y otras) y el resultado serán “emisiones netas cero”. O sea, por un lado emiten más y por otro, entierran y almacenan CO², lo que según sus cuentas alegres, dará cero. Con BECCS (bioenergía con captura y almacenamiento de carbono) calculan “emisiones negativas”, porque con extensos monocultivos de árboles u otras plantas, absorberán carbono y agregando CCS, la suma daría negativa, según ellos.

No hay ninguna prueba de que esto funcione, pero sí se sabe que los riesgos ambientales, sociales y de salud para instalar CCS son altos: no hay certeza de que el CO² permanezca en el fondo; si hay escapes, serán tóxicos para plantas, animales y humanos; contaminará los mares y según el área, puede contaminar acuíferos. Las megaplantaciones para “bioenergía” ya son una pesadilla: hay movimientos contra ellas en todos los continentes, contaminan, compiten con la producción alimentaria, por tierra y agua, desplazan comunidades, devastan ecosistemas.

Si consiguen apoyo para estas tecnologías de captura y almacenamiento de carbono, se desatará una nueva ola de acaparamiento de tierras, ahora también subterráneas. No todos los terrenos son aptos para almacenar carbono y los que se estiman serlo, serán acaparados por esta poderosa industria. Avizorando el negocio, los promotores de CCS han elaborado “Atlas de almacenamiento geológico de CO²”, mapeando los lugares aptos en varias regiones, ya existen esos mapas para Norteamérica, Europa, México y Brasil.

Shell afirma públicamente que las petroleras salvarán al mundo del cambio climático, con CCS y BECCS, para lo cual se les debe pagar. Sería el colmo de la perversión: pagar a los culpables del caos climático, para que extraigan más petróleo y nos pongan en más riesgos. Y cuando en pocos años se muestre que esta fallida tecnología no funciona, nos dirán que la geoingeniería y el Manejo de la Radiación Solar (nubes volcánicas artificiales y otros medios de tapar el sol) son la única salida, pese a que desequilibrará los vientos y lluvias en los trópicos, con riesgo alimentario para 2 mil millones de personas.

La situación es grave y parte de la resistencia es conocerla, no dejar que engañen con estas propuestas y seguir afirmando las redes y soluciones verdaderas desde abajo, en campo y ciudad. ⏪

Más información:

ETC Group, “Con el caos climático, quién nos alimentará”, 2014 <http://www.etcgroup.org/es/content/con-el-caos-climatico-quien-nos-alimentara>

Monitor de geoingeniería: www.geoengineeringmonitor.org

Via Campesina y Grain, La solución al cambio climático está en nuestras tierras, 2015 <http://www.grain.org/article/entries/5160-la-solucion-al-cambio-climatico-esta-en-nuestras-tierras>

La reforma política, la corrupción y el derecho a la ciudad

Eduardo Cardoso

Según el Censo de 2010, la población urbana de Brasil alcanzó el 84%, son más de 160 millones de brasileños que viven en zonas urbanas. La ciudad se ha convertido en un gran negocio, el buque insignia es la corrupción inmobiliaria, obtener ingresos sin producir nada, a través de la colusión con los poderes públicos, en la definición del uso del suelo y el incumplimiento de la función social de la propiedad, como lo determina la Constitución.

Las políticas públicas también han sido el blanco del capital privado. La tercerización de los servicios y de las políticas públicas, acompañadas de la precarización de éstos, llevará a las ciudades al caos. Pero ¿por qué el Estado dejó de cumplir su papel?

Si analizamos la financiación de las campañas electorales, vemos que hay un círculo vicioso y pernicioso que mantiene a los candidatos como rehenes de los intereses privados. Es el fracaso del interés público y de la democracia. En resumen, usted vota, pero quien decide el rumbo de las ciudades es el capital privado.

Las campañas electorales sustituyeron a los militantes por el individuo que consigue votos para un candidato a cambio de dinero o de favores, las movilizaciones y debates de la calle por los expertos en *marketing*, que manipulan y moldean candidatos de acuerdo a las encuestas de opinión. Ya no hay más una identidad político-ideológica, los partidos están perdiendo su papel político.

Esta mezcla entre el capital privado, expertos en marketing y grandes medios de comunicación, impone la agenda a la sociedad y se configura como la primera arma del capitalismo para manipular a la sociedad en favor de sus intereses, escamoteando el interés público.

Corrupción galopante

La producción de viviendas, instalaciones públicas y la prestación de servicios públicos, están contaminados por intereses privados, que financian campañas electorales y luego pasan la cuenta por esa “inversión”. La política de tercerización ha sido extendida, incluyendo los servicios de salud y el transporte “público”, entre otros, a fin de garantizar los ingresos y mayores ganancias al capital privado. Y son estos capitalistas, que se benefician de contratos millonarios, los financistas (o inversores) de las campañas electorales. ¡Este es el núcleo duro de la corrupción en Brasil!

Eduardo Cardoso es coordinador general de la Central de Movimientos Populares, coordinador del Movimiento Sin Tierra de Lucha y Consejero Nacional de las Ciudades.

La corrupción se extiende como un virus fuera de control, es un agujero negro que absorbe todo a su alrededor y es la comida que alimenta al sistema capitalista. El capital nacional e internacional compra todo, soborna a todos: directores de las empresas estatales, fiscales, jueces, políticos, periodistas y propietarios de empresas de medios de comunicación (con las asignaciones para publicidad). Convince a la gente de que este es el mejor sistema para la humanidad, a pesar de la putrefacción. Es la concepción que tienen de su mundo. Es la perdición de la humanidad.

Encontramos la corrupción en los más variados poros de la sociedad. Quién tiene la fuerza y el poder, agarra lo que puede. Y la depravación se generaliza, muchos que no tienen poder optan por trampear para obtener ventajas sin realizar un trabajo productivo, lo que a menudo no es más que una forma de corrupción generalizada.

La democracia sólo podrá ser plena con la efectiva participación popular en la toma de decisiones sobre el rumbo de la política pública y el uso del suelo. La especulación, o corrupción, inmobiliaria traba la democratización, quita derechos y está inviabilizando la vida en las ciudades. Los inmuebles ociosos en los centros urbanos y los terrenos vacíos sin función social son fieles retratos de cómo la corrupción inmobiliaria socava nuestras ciudades. Persiste la expulsión de los más pobres a las periferias de las ciudades, sin infraestructura o servicios públicos.

Situación de exclusión

Esta expulsión, por sí sola, produce la exclusión de la mayoría de la población, no sólo del derecho a la vivienda, sino del derecho a la ciudad con toda su infraestructura y servicios: transporte deficiente, saneamiento inadecuado, drenaje inexistente, dificultad de abastecimiento, difícil acceso a los servicios de salud, educación y guarderías, una mayor exposición a la ocurrencia de inundaciones y deslizamientos de tierra, sumándose a esto, la ausencia casi absoluta de empleo formal.

Todo esta situación de exclusión y falta de alternativas lleva a la constatación de que, donde la población es más pobre de ingresos, falta más infraestructura y mayores son los índices de violencia policial y de homicidios. En las zonas periféricas de Brasil, está en curso un verdadero genocidio de la población pobre, predominantemente joven y negra. Las tasas de homicidios en São Paulo pueden variar desde menos de 10 muertes por cada 100 mil habitantes, en un barrio rico de São Paulo (Alto de Pinheiros), a 222 en un barrio pobre (Jardim Angela), como revelan las investigaciones.

Actualmente hay un intenso debate en la sociedad brasileña sobre el tema de la reducción de la edad penal de 18 a 16 años, bajo la justificación de la reducción de la violencia. Datos de UNICEF muestran que menos del 1% de los homicidios son cometidos por jóvenes menores de 18 años. El cálculo del 1% hecho por este organismo es una estimación basada en los informes de violencia difundidos por el gobierno y por los académicos entre 2002 y 2012. De acuerdo a UNICEF, el 2,8% de los asesinatos fueron cometidos por menores de edad, y el 1% por jóvenes de entre 16 y 17 años.

Hay indicios que indican que el interés real de este descenso es el aumento de la población carcelaria, con el fin de tercerizar las administraciones penitenciarias a fin de, una vez más, garantizar las ganancias y generar mayor renta al capital privado, además de que hay, por supuesto, toda la carga ideológica y de segregación social que la elite brasileña impone a la mayoría de la población.

Toda esta situación de exclusión de los derechos fundamentales: vivienda, salud, educación, transporte, saneamiento, recreación, oportunidades de trabajo y de profesionalización, expulsa a esta población de la ciudad legal y la empuja a la periferia de la periferia, es decir, donde el mercado inmobiliario no tiene ningún interés, porque allí la infraestructura no llega, y no hay rentabilidad.

Modelo insostenible

El transporte público masivo y de calidad debe ser una prioridad del poder público, pero en la práctica es el automóvil el que controla las mentes y los corazones de la gente y los gobernantes. Este modelo, insostenible y resultado de la ausencia del poder público y de la planificación estratégica, es coherente con el mercado inmobiliario y sus intereses. Eso quiere decir que las vías públicas, además de dar visibilidad electoral tradicional, rinden muchos recursos para las campañas electorales y agregan valor a las propiedades ubicadas en sus alrededores. ¡Esta es la forma más cruel de corrupción inmobiliaria! Más allá de la especulación inmobiliaria, quita derechos como el transporte público, la vivienda y el derecho a la ciudad en su plenitud para la mayoría de la población.

Esta política tiene un enorme impacto en las finanzas personales y públicas. Para los individuos: impuestos como el IPVA (Impuesto sobre la Propiedad del Vehículo Automotor), zona azul, estacionamientos privados, entre otros. Para las finanzas públicas: conservación de vías, enormes gastos en salud y bienestar, debido a la gran cantidad de accidentes de tránsito, y los diversos casos de problemas respiratorios y de estrés provocados por el ruido y la contaminación atmosférica. ¡El costo de la ciudad de élite es insostenible!

El modo de funcionamiento de las ciudades, que produce desigualdades, está al servicio del capitalismo, y tiene como sus principales actores los mercados inmobiliario y financiero, que usurpan a través del rentismo y los recursos públicos que deberían ser canalizados hacia las políticas públicas y sociales.


Para hacerse una idea, el pago de intereses de la deuda pública en Brasil representa el segundo gasto más importante del país: en 2014 fueron 300 mil millones de dólares, dinero que beneficia a las 20.000 familias más ricas. Altos intereses sólo benefician a la especulación financiera, o sea a los parásitos que no contribuyen a la producción y el desarrollo. Por otra parte, sólo en 2014, los ricos obtuvieron 500 mil millones de dólares. Esta forma cruel de la corrupción no se denuncia en los medios de comunicación, ni es enfrentada por el gobierno.

El ajuste fiscal propuesto recientemente por el Gobierno Federal no enfrenta este problema y quiere pasar la cuenta al pueblo. El ajuste fiscal tiene que ser aplicado a los ricos, con el aumento de los impuestos sobre la renta y las herencias y la implantación de impuestos sobre las grandes fortunas.

Reforma política

Es necesaria y urgente una reforma política que amplíe los canales de participación popular con carácter deliberativo, para evitar el financiamiento privado de las campañas. Sin estas medidas, estamos caminando a pasos agigantados hacia la barbarie, tan grave es el nivel de segregación y exclusión.

Las ciudades, para ser democráticas, deben tener una fuerte intervención del poder público en la regulación del uso del suelo y en la planificación urbana. En ambos casos, la participación popular y el control social son determinantes.

La ciudad es un espacio privilegiado de la lucha de clases contra el capitalismo depredador y en contra de la furia y codicia de la derecha. Luchar es necesario, una sociedad justa e igualitaria, social y ambientalmente acogedora, será obra de la clase trabajadora. (Traducción ALAI) 

Sobre la autogestión

Walter De los Santos

Partimos de la base insoslayable que vivimos en un mundo de acumulación y especulación capitalista cuyos efectos nefastos continuamos sufriendo una amplia mayoría de la población mundial.

Si nos atenemos a la realidad más dura pareciera ser que se desconocen los efectos negativos que causa en nuestra sociedad el libre mercado donde manda el **dios dinero**. Una parte importante de quienes se encargan de generar este gran desconocimiento son los grandes medios de comunicación cuyos propietarios no casualmente son también los dueños de los medios de producción.

Es así que nos surgen algunas interrogantes.

¿Este es el orden natural de las cosas?

¿La violencia revolucionaria fue/es un error?

¿Los que murieron en acción, estaban tan equivocados?

¿Estuvieron equivocados San Martín, Bolívar, O´Higgins, Artigas, Sucre, Tiradentes?

¿Nos hemos quedado sin respuesta ante este sistema que nos embeleza con cantos de sirena del consumismo y el acenso social?

¿Habremos aprendido algo? La respuesta es SI, rotundamente SI, a **autogestionarnos** en todos los órdenes.

Citando a uno de los grandes próceres de la revolución independentista americana...

“**nada debemos esperar sino de nosotros mismos**”, José Artigas.

La promoción del sistema se sustenta en el carácter sagrado que se le da a la propiedad privada frente a cualquier otra. Para sostener esto, el capitalismo, promueve valores, sustentados en su planteo ideológico, como el consumismo, el individualismo, el creer que democracia es votar cada cinco años, la acumulación desmedida, son acciones que, concientes o no, todos “estamos obligados a cumplir si pretendemos ser exitosos y felices”.

Los bienes, servicios y medios de producción si bien en teoría son para todos, no todos tenemos acceso a ellos, mucho menos detentamos el control de cómo cada uno de ellos afecta a la sociedad. Las decisiones son tomadas, sabido es, por un número reducido de propietarios, del poder político-económico.

Este poder está íntimamente ligado al carácter de la propiedad privada, las clases poseedoras de los principales medios de producción son quienes controlan y dieron nombre en sus orígenes a los regímenes esclavistas, feudal y capitalista.

Al querer establecer medios alternativos al sistema hegemónico debemos tener en cuenta que ninguna de las etapas de lo que estemos creando debe reproducir la lógica del actual sistema. Afirmamos que uno de los pilares de un modelo alternativo es la **autogestion**.

Walter De los Santos es integrante de la Dirección Nacional de la Federación Uruguaya de Cooperativas de Vivienda por Ayuda Mutua (Fucvam).

Al hablar de autogestión debemos tener claro que los colectivos asumen el control de sus necesidades, las que pasarán de ser un bien de cambio, donde su valor es marcado según la demanda, a un bien de uso, donde lo que se administra y autogestiona estará basado en la distribución equitativa de un bien.

Esto tiene un contenido ideológico muy fuerte y para poder sustentar un nuevo modelo antihegemónico, no necesariamente pasará por ponerle un título o nombre a lo que se está creando.

La autogestión debe tener una expresión teórica con un fuerte contenido ideológico con valores que la sustenten. Se la deberá poner en práctica con acciones concretas que serán las que definitivamente demostrarán su fortaleza, viabilidad, posibilidades de futuro y replicación como modelo alternativo.

“Si la autogestión como práctica colectiva no produce una acción efectiva y modificadora de la realidad, entonces es solamente un poco de gimnasia administrativa”.

La “empresa” autogestionada a diferencia de la “empresa” capitalista exige una planificación que está pensada en generar calidad y no en términos netamente de ganancia económica. Nos permite administrar la producción basados en el colectivo donde todos tenemos un saber y ese talento individual es volcado al esfuerzo colectivo.

El ensayo de la sociedad que queremos construir pasa por esos pequeños emprendimientos donde el trabajo, la administración colectiva y su gestión productiva, el control y distribución de sus excedentes son para el mejoramiento de la calidad de vida de todos los involucrados.

El control directo del colectivo sobre el bien a producir y distribuir garantiza una real defensa del patrimonio colectivo. Frente a la agresión permanente de las reglas del consumo, la competitividad individualista, la economía social nos permite disfrutar del verdadero beneficio de aquello que se produce.

“Promover la autogestión en todos los niveles organizativos que defiendan los intereses de los más desposeídos, significa ni más ni menos, que contribuir a una sociedad cada vez más dueña de su propio destino, en definitiva, cada vez más justa”.

Una futura sociedad basada en una nueva forma de entender la economía no se construye en un día, ni tampoco poniéndole un nombre. Implica un cambio en las relaciones de propiedad y producción, también en los objetivos de los procesos de producción.

Si queremos que los trabajadores y el pueblo organizado sean los que le den un nombre, debemos ser primero dueños de la economía, es decir dueños de la producción y de los recursos naturales.

Nuestra experiencia

Durante 45 años hemos venido desarrollando un modelo de construcción de viviendas dignas por Ayuda Mutua, donde la **propiedad colectiva** es la materialización de nuestro planteo ideológico y uno de nuestros pilares es la **Autogestión**. A esto sumamos el trabajo efectivo por la modalidad de **Ayuda Mutua** formando una triada indisoluble.

La **autogestión** no debe ser vista como un hecho aislado sino que es un acto esencialmente colectivo; tiene sus resultados inmediatos en el grupo pero también incide en el crecimiento individual de los socios y en la profundización de la identidad del Movimiento y de su propia presencia política en el más amplio sentido de la palabra.

En nuestro desarrollo vamos de lo pequeño a lo macro. En este sentido la autogestión nos hace pasar por otro de los pilares básicos de nuestro modelo, la **democracia directa**.

La eliminación de terceros en los ámbitos de gestión y/o administración, contribuye a la eficiente optimización de recursos y distribución de nuestros talentos, optimizando la empresa en su totalidad.

No solo se trata de lograr una vivienda digna, sino cómo un colectivo genera un hábitat sustentable, su entorno, los espacios comunitarios y su inclusión en el medio social a desarrollarse, o sea la ciudad para todos.

Mantenemos interacción entre organizaciones con intereses comunes: los trabajadores, pequeños y medianos productores, comerciantes, auto empleo urbano, el sector informal de la economía, y las distintas formas de construcción y apropiación popular del hábitat.

Esto, en su conjunto, constituye un bloque alternativo al sector dominante, crítico y cuestionador, que busca una justa redistribución de la riqueza.

Nuestra declaración de principios dice textualmente:

“En contra de todo tipo de explotación del hombre por el hombre mismo y toda forma de dependencia o subordinación entre naciones”.

Si bien la autogestión es permanente en la vida de los grupos, en la etapa de construcción de la vivienda es donde está más presente el desarrollo del modelo y es donde decimos que es el ensayo de la sociedad que queremos, gestionamos, controlamos, distribuimos y nos hacemos responsables del resultado de dicha administración.

Hacemos un fuerte hincapié en el derecho a la ciudad, a su democratización, apostando fuertemente a la inclusión social, donde no debería haber un lugar para los que más tienen y uno para los que menos poseen, y esto implica terminar con los guetos.

Las franjas más pobres son desplazadas hacia la periferia. Su crecimiento exponencial y desordenado, hacia donde no llegan los servicios esenciales (electricidad, saneamiento, agua potable, etc.), nos va llevando a la discriminación colectiva.

Si recorremos cualquier capital del mundo, de un extremo a otro, veremos que pasamos por distintos tipos de ciudad. La igualdad jurídica del ciudadano coexiste con una desigualdad económica y social. Aislamiento, falta de los servicios esenciales, pobreza extrema, falta de expectativas, promesas incumplidas que generan índices de marginación y violencia muy altos. Para transformar la violencia en el reclamo organizado, debemos, en primera instancia, entender las causales de nuestra marginación.

Parafraseando a Descartes: “entiendo, me organizo, reclamo, propongo, actúo”.

Cuando entendemos cuales son las causales de nuestros problemas es desde ese lugar que intentamos generar, a través de la interacción con la base social, propuestas alternativas, buscando transformar la violencia social que genera la discriminación en el reclamo organizado mediante dos elementos vitales que son la información y formación.

Nuestra experiencia nos muestra que la autogestión es un elemento válido y básico no solo para la construcción de viviendas dignas, sino en la construcción de embriones de poder popular.

“Tengo el deseo y siento la necesidad, para vivir, de otra sociedad de la que me rodea... Deseo y pido, que mi trabajo, en primer lugar, tenga un sentido, que yo pueda aprobar para que sirva y cómo se hace que me permita prodigarme en él realmente y hacer uso de mis facultades, tanto como enriquecerme y desarrollarme. Digo que esto es posible, con otra organización de la sociedad para mí y para todos.

“Digo también que sería un cambio fundamental en esta dirección si me dejaren decidir, con todos los demás, lo que tengo que hacer y con mis compañeros de trabajo, como hacerlo. Deseo poder, con todos los demás, saber lo que sucede en la sociedad, controlar el alcance y la calidad de información que se me da. Pido participar directamente en todas las decisiones que puedan afectar a mi existencia o al curso en general del mundo en el que vivo. No acepto que mi suerte la decidan, día tras día, unas gentes cuyos proyectos me son hostiles o simplemente desconocidos y para quienes nosotros, yo y todos los demás no somos mas que cifras en un plan o peones en un tablero”(C.Castoriadis, 1989: 35).

Ni víctimas ni victimarios, la autogestión nos hace dueños de nuestro destino, una sociedad autogestionada por los trabajadores es posible. ↵

* Este trabajo tomó como referencia materiales elaborados por diferentes compañeros del movimiento, a los que tratamos de incorporar, dar un orden y nuestra propia visión.



ENCUENTRO MUNDIAL DE LOS MOVIMIENTOS POPULARES

7 - 9 DE JULIO DE 2015

SANTA CRUZ DE LA SIERRA, BOLIVIA

Acerca de la Economía Popular

Romina Chuffardi (coord)

El contexto político, económico y social consolidado tras la crisis del 2001 y hasta la actualidad permitió que un sector significativo del pueblo trabajador que tras el neoliberalismo había quedado desamparado, se volcara a la Economía Popular como medio de supervivencia. Los miles de excluidos del mercado formal de trabajo, fuimos buscando un lugar desde la periferia social para garantizar nuestra subsistencia. Precarizados desde el punto de vista de los derechos, excluidos desde lo institucional y explotados desde lo económico fuimos inventando nuestro trabajo, nos organizamos en movimientos, asociaciones, cooperativas, fábricas recuperadas y empezamos a reivindicar como propios los mismos derechos que le caben al resto de la clase trabajadora.

La desregulación, desprotección, precariedad y *para-institucionalidad* de las relaciones laborales en la economía popular es uno de sus sellos distintivos. La razón principal es que el Estado incumple la demanda constitucional que dice: “*El trabajo en todas sus formas gozará de la protección de las leyes*”, privando a un inmenso universo de trabajadores -al menos 5 millones en la Argentina- de los derechos más elementales: un ingreso mínimo, cobertura de salud, jubilaciones dignas, aguinaldo, seguro contra accidentes personales, licencias laborales, vacaciones, el libre derecho a la sindicalización, y otros tantos conquistados por el movimiento obrero durante dos siglos de lucha.

A pesar de los avances en la distribución de la renta nacional a favor de los trabajadores en los últimos 10 años, la realidad social de la Argentina es profundamente desigual. Mientras un sector importante mejoró sus condiciones de vida y trabajo, otro sector profundizó sus niveles de precariedad laboral. En este contexto, más de un tercio de los trabajadores en nuestro país se encuentra en condiciones precarias, entre las cuales el empleo informal -no registrado- es sólo una de sus variadas formas. También se incluyen el empleo a tiempo parcial o temporario, las distintas formas de tercerización y encubrimiento de relaciones de dependencia. Estos mecanismos buscan el disciplinamiento de la fuerza de trabajo. Disciplinarnos y desvalorizarnos es la forma más directa y efectiva de evitar que nos organicemos para luchar por nuestros derechos. Asimismo, el debilitamiento de la organización sindical contribuye a generar condiciones más propicias para la difusión de la precariedad laboral.

Los altos niveles de concentración económica, el control oligopólico del mercado, la gestión privada de recursos naturales y servicios estratégicos para el Estado y un sistema impositivo regresivo para los

Esteban “Gringo” Castro Rama Infraestructura Social - Secretario General de la Confederación de Trabajadores de la Economía Popular (CTEP)

Sergio Sánchez de la Federación Argentina de Cartoneros y Recicladores

Luis Maidana Movimiento Nacional de Empresas Recuperadas

Marcelo Alejandro Cabero de Asociación de Trabajadores Ambulantes y Vendedores Informales

Nahuel Levaggi de la Unión de Trabajadores de la Tierra

Gabriela Olguin de Cooperativa de Artesanos y Manualistas El Adoquín

Julio Pereyra de “Vendedores Libres”

Epifania Espinola García de la Cooperativa Textil Miro

Coordinó Romina Chuffardi - Secretaría de Formación - CTEP

sectores populares son una constante en nuestro país. La precarización es la contracara de la altísima rentabilidad de las empresas más poderosas de nuestra economía. La modernización y tecnificación de la producción y el creciente proceso de concentración del capital, llevan continuamente a la desocupación, a la exclusión y a la marginalidad a miles de trabajadores.

Este problema aparece en la Argentina como un dato estructural. Su impacto no se limita a la esfera laboral, sino que se expande al conjunto de la vida social. Actualmente el 80% de la masa salarial se encuentra concentrada en el 20% de los trabajadores; casi un millón de jóvenes no estudian ni trabajan; millones de familias viven en villas y asentamientos sin la más elemental infraestructura social. Los sectores marginados tenemos vedado el acceso a los bienes y servicios sociales básicos bajo un estado de derecho.

La contradicción fundamental sobre la que se sostiene el capitalismo -aquella que se da entre Capital y Trabajo- continúa vigente. Seguimos asistiendo atónitamente al proceso mediante el cual la sociedad se divide entre quienes tienen los medios de producción y los que solo podemos subsistir trabajando. Peor aún, atravesamos una época en la que esa relación clásica se ve reforzada a razón de sucesivos procesos de flexibilización y desregulación normativa. Si el peronismo prometía la integración y la realización del sujeto a partir del trabajo asalariado, el neoliberalismo clausuró esta posibilidad para gran parte de nosotros. Esta situación condensa una evidente fragmentación social, económica y organizativa al interior de la clase trabajadora que atenta contra la unidad del movimiento obrero.

Y cada vez más, nos adentramos en un mundo donde una cantidad considerable de trabajadores estamos hoy relegados al margen de aquella promesa de integración. Están los que caben y los que sobramos. Los integrados y los excluidos. Los que son útiles para el proceso de acumulación capitalista, por un lado, y los que ni siquiera podemos trabajar a cambio de un salario digno, por otro.

La producción solidaria y autogestionaria - Las experiencias de la economía popular

Precarizados, autogestionados o autoexplotados, sin un patrón identificable o subocupados... pero trabajadores al fin. El mundo de los sectores populares en nuestro país aún mantiene la esperanza y la aspiración integracionista por medio del trabajo asalariado que durante algunas décadas fue una realidad palpable. El trabajo como elemento dignificador se ubica en el centro de la identidad de los sectores populares, y articula la demanda de quienes hoy “nos inventamos el trabajo”.

La economía popular es la economía de los excluidos. Está conformada por todas las actividades que desarrollamos ante la incapacidad del mercado para ofrecernos un trabajo digno y bien remunerado. Se trata de aquellos procesos económicos inmersos en la cultura popular basados en medios de trabajo accesibles y trabajo desprotegido: Fábricas recuperadas, cooperativas de cartoneros y costureros, cuadrillas de infraestructura social y mejoramiento ambiental, centros comunitarios, ligas de campesinos, entre otros, que se fueron convirtiendo en la forma de llevar el pan a la mesa. No es una economía que de por sí sea solidaria, y por el contrario, muchas veces implica una explotación salvaje, trabajo muy individual, violencia, trabajo infantil o adolescente, control y hostigamiento por grupos mafiosos, etc. Por eso buscamos recuperar la cultura del trabajo y la solidaridad. Nosotros representamos la multiplicidad de las experiencias productivas populares que amplían el sector de la economía del pueblo permanentemente. La enorme expansión de estas experiencias refleja, en gran medida, la nueva realidad laboral de nuestro país.

El Movimiento de Trabajadores Excluidos (MTE) surgió como herramienta de los cartoneros para enfrentar al régimen mafioso (político, policial y empresarial), que se había enquistado sobre nosotros para llenarse los bolsillos, sobre la base de la corrupción, la coima y la sobreexplotación. Organizamos masivamente a los cartoneros, carreros y recicladores urbanos y pudimos, sobre la base de esa organi-

zación, obtener grandes conquistas que dignifican y formalizan nuestro trabajo. En la actualidad casi 4000 cartoneros cuentan con un ingreso que se asemeja a un sueldo. *Los cartoneros agrupados en cooperativas* recolectamos el material en zonas previamente asignadas y levantamos lo que se deposita en el sistema de “campanas verdes”. Por este trabajo el Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires nos asigna un “incentivo laboral” a lo que se suma la venta del material que recolectamos. Además de organizar logísticamente nuestro trabajo, hemos logrado uniformes, guardería para nuestros hijos, el derecho a una jubilación y la posibilidad de acceder a una obra social. En noviembre de 2014, la Cámara de Diputados de la Provincia de Buenos Aires aprobó el proyecto de ley de “Gestión Social de Para la Recolección Diferenciada”. El mismo declara como Servicio Público a la actividad y prevé la creación de un registro de Recicladores. Al menos en lo simbólico, los cartoneros pasamos a ser considerados como servidores públicos.

El sector de la producción hortícola, por su parte, está compuesto principalmente por minifundios de agricultura sostenidos por familias productoras (cerca del 85%). Son arrendatarios, medianeros o peones sin tierras, ni maquinaria propia -descapitalizados-. Dependen de la compra de las semillas, los agroquímicos, los fertilizantes y la tecnología del invernadero, y se hallan subordinados a una cadena de múltiples intermediarios que reducen significativamente el ingreso que obtiene el productor al tiempo que lo encarece para el consumidor.

El trabajo que venimos desarrollando con los pequeños productores y quinteros comenzó a partir de la necesidad de mejorar las condiciones de vida de un sector que se encuentra totalmente desprotegido, en condiciones de autoexplotación enormes, sin tierra y sin derechos de ningún tipo. En este proceso, vamos generando mejores condiciones de trabajo tanto productivas como de comercialización, creando canales directos del productor al consumidor, promoviendo la utilización de herramientas colectivas como tractores, motocultivadores, y avanzando, de a poco, en el cuidado de la salud.

Otra de las expresiones de este sector somos los trabajadores de la vía pública, conocidos por todo el mundo como “manteros”. Somos cientos de comerciantes y artesanos que vendemos desde un puesto en una plaza o en la calle, o a veces tirando una manta en el suelo para llevar el sustento a nuestros hogares. El mayor impedimento que tenemos es que no podemos acceder a establecimientos comerciales, por lo tanto nos queda rebuscárnosla ocupando el espacio público. Sufrimos el hostigamiento policial y de patotas parapoliciales, fuimos desalojados en más de una oportunidad, la policía nos pide coimas para dejarnos trabajar, recibimos amenazas constantemente, somos víctimas de allanamientos y otros procedimientos ilegales de incautación de mercadería realizados sin denuncia previa, y en varias ocasiones se han llevado detenidos a los trabajadores injustificadamente. El problema es que no se está reconociendo la necesidad de fondo que es el empleo. No hay políticas públicas de ningún tipo para regularizar la actividad sino que se busca la desarticulación de los trabajadores de la vía pública para que desaparezcamos.

Otro de los fenómenos es la existencia de talleres y negocios donde se trabaja en condiciones asimilables a la esclavitud. Desde hace tiempo venimos denunciando situaciones cuya descripción constituye un panorama de trata de personas y de trabajo esclavo. Los costureros y trabajadores de la industria de la indumentaria que trabajan en talleres productivos informales y clandestinos, están ante una situación de riesgo y extrema vulnerabilidad socio-laboral. Creemos que es prioritario que el Estado pueda abordar a través de políticas públicas concretas esta situación de emergencia social, higiene, seguridad, salud psicofísica, jornadas excesivas, irregularidad migratoria, trabajo infantil, hacinamiento y riesgos laborales a los que estos trabajadores se encuentran expuestos. Nos encontramos en este momento dando la lucha por el reconocimiento de las cooperativas textiles y avanzando en la presentación de un proyecto de ley nacional que declare la emergencia en este sector para la aplicación de medidas concretas que mejoren la calidad de vida de quienes se encuentran bajo explotación.

“Ocupar, resistir, producir”, es la voz reivindicativa del Movimiento Nacional de Empresas Recuperadas,

voz que hoy alzamos en más de 190 empresas recuperadas del país. Las fábricas recuperadas surgen en un contexto conflictivo para los trabajadores desde cualquier punto de vista: porque la patronal dejó de pagar los sueldos, porque abandonó la fábrica porque ya no ofrecía la rentabilidad ambiciosa que esperaban, porque no tiene los recursos para la tecnificación necesaria (y en consecuencia volverse más competitivos), etc. Esta experiencia nace de la necesidad de mantener la fuente de trabajo en un contexto de crisis, de recuperar el derecho a trabajar. Para eso, aprovechamos diferentes instrumentos en lo económico, jurídico, político y social para avanzar en la recuperación de las empresas y fábricas que daban trabajo a la gente y que, por alguna razón, se van cerrando. Constituirnos como cooperativa es una de las formas que encontramos para mantener la fábrica en manos de los trabajadores, para poder seguir llevando el ingreso a nuestros hogares. También apuntamos a la igualdad en los ingresos para todos los trabajadores así como incentivamos la solidaridad y la integración con la comunidad.

La libertad de organización sindical como necesidad y horizonte

Nuestras experiencias dentro de la economía popular no están aisladas de la economía global de mercado. Los puntos de conexión son múltiples tanto a nivel de la producción como del consumo. Sin embargo, en todas las experiencias de la economía popular hay una característica distintiva: **los medios de producción, los medios de trabajo, están en manos de los sectores populares.** De ahí que nos atrevemos a soñar con un proceso de auto-organización con nuestros compañeros, que nos permita erradicar las tendencias patronales del seno de nuestro pueblo, y construir una economía popular comunitaria, solidaria, fraterna, socialmente integradora.

La Confederación de Trabajadores de la Economía Popular (CTEP) es la herramienta gremial del pueblo pobre. Si decíamos que la Economía popular es la economía de los trabajadores excluidos, la CTEP es su sindicato. Con ella avanzamos en la lucha reivindicativa para los trabajadores sin derechos, sin reconocimiento y sin capital que ya no tenemos como insertarnos en el sistema formal. Lo que pretendemos con la CTEP es defender los derechos de quienes no tenemos un patrón directo con el cual pelear, o de quienes tenemos un montón de patrones invisibilizados que se comen nuestros ingresos, pero con los cuales no existe una relación laboral directa.

Los compañeros que vivimos en ese día a día juntando el mango, luchamos en primer lugar por el **trabajo digno**. Digno será en la medida en que nos permita progresar y acceder a un salario mínimo vital y móvil, con asignaciones familiares, vacaciones pagas, jornadas no mayores a las 8 horas, seguro de riesgos de trabajo, condiciones de higiene y salubridad adecuadas y obra social. Por otro lado, en el contexto actual, nos encontramos subordinados a los vaivenes del mercado, y no tenemos garantía de que nuestros ingresos sean más o menos estables. Por eso, apuntamos al **salario social**, compuesto por un complemento salarial garantizado por el Estado que se suma a los ingresos que nosotros mismos generamos con nuestro trabajo.

Por último, pero no menos importante, luchamos por nuestro derecho a la sindicalización. Luchamos por el reconocimiento de la CTEP como el sindicato que represente de los trabajadores del sector de la economía popular, que nos permita negociar con los patrones que no vemos y con el Estado.

Queremos expresar la voz de los trabajadores excluidos. Queremos avanzar en el reconocimiento de sus derechos plenos. Para eso, creemos que es necesario construir organizaciones sindicales masivas, unitarias, que sinteticen el trabajo de todas las organizaciones preexistentes, para fortalecer el poder popular y conquistar los derechos laborales para nuestros compañeros. La CTEP es una gran lucha. Es la lucha de mucha gente que verdaderamente quiere un cambio social y una economía que sea del pueblo y de los trabajadores. ◀

*Santa Cruz de la Sierra,
Bolivia (7-9 julio 2015)*

Encuentro Mundial de los Movimientos Populares



Para dar continuidad al primer Encuentro Mundial de Movimientos Populares (Roma-Vaticano, 27-29 octubre 2014), Santa Cruz de la Sierra, Bolivia, será escenario de un nuevo encuentro que incluye un espacio de diálogo con el Papa Francisco, sobre la necesidad de un proceso de cambio que tenga a los movimientos populares como protagonistas en la lucha por la justicia social.

Este evento, que se desarrollará del 7 al 9 de julio, contempla profundizar los tres ejes temáticos considerados en la edición anterior: **Tierra, Techo y Trabajo**, con una mirada más amplia a lo que pasa con la **Madre Tierra** y los distintos conflictos que afectan la **paz** y la **soberanía** en el mundo. En esta cita participarán más de 1500 delegados/as provenientes de diferentes movimientos populares latinoamericanos y delegaciones del resto de los continentes, junto a una importante representación de obispos y agentes pastorales.

Durante los tres días, los/as participantes compartirán experiencias, realidades, ideas y propuestas para abordar los problemas que afectan a los pobres de la Tierra, en su propia condición de campesinos e indígenas, vecinos de asentamientos populares y familias en lucha por un techo, trabajadores precarizados o de la economía popular, es decir, los excluidos de la Tierra que no se resignan, que se organizan y que luchan por una alternativa humana a la globalización excluyente.

Al final del Encuentro, los Movimientos Populares entregarán al Papa Francisco una carta con los resultados del trabajo realizado durante la jornada y las medidas más urgentes, para que el mismo Pontífice pueda tenerlas en cuenta en sus ponencias frente a la Asamblea de las Naciones Unidas y otros foros internacionales.

Las organizaciones convocantes consideran que al ser un momento que propicia la presencia de personas y organismos de variada perspectiva, origen y mentalidad, llamará a impulsar una verdadera cultura de diálogo y de encuentro capaz de hacer que, en la confluencia, todas las parcialidades conserven su originalidad (Cfr. *Evangelii Gaudium* n. 236). ☞

Laudato Si': sobre el cuidado de la casa común

Un llamado a la conversión ecológica

El 18 de junio, salió a luz pública la nueva Carta Encíclica del Papa Francisco sobre el medio ambiente, titulado *Laudato Si': sobre el cuidado de la casa común*¹. El Papa inicia su encíclica señalando que no se dirige únicamente al mundo católico, sino que “frente al deterioro ambiental global, quiero dirigirme a cada persona que habita este planeta.” (3). Y precisa: “Hago una invitación urgente a un nuevo diálogo sobre el modo como estamos construyendo el futuro del planeta. Necesitamos una conversación que nos una a todos, porque el desafío ambiental que vivimos, y sus raíces humanas, nos interesan y nos impactan a todos.” (14).

Destaca asimismo algunos ejes que atraviesan toda la encíclica, incluyendo: “la íntima relación entre los pobres y la fragilidad del planeta, la convicción de que en el mundo todo está conectado, la crítica al nuevo paradigma y a las formas de poder que derivan de la tecnología, la invitación a buscar otros modos de entender la economía y el progreso, el valor propio de cada criatura, el sentido humano de la ecología, la necesidad de debates sinceros y honestos, la grave responsabilidad de la política internacional y local, la cultura del descarte y la propuesta de un nuevo estilo de vida” (16). A continuación se recogen extractos de algunos capítulos del documento. (ALAI)

Lo que está pasando a nuestra casa

Luego de reconocer los principales estudios científicos sobre el impacto de la actividad humana en el medio ambiente y en particular el cambio climático, se señala que: “Los peores impactos probablemente recaerán en las próximas décadas sobre los países en desarrollo. Muchos pobres viven en lugares particularmente afectados por fenómenos relacionados con el calentamiento, y sus medios de subsistencia dependen fuertemente de las reservas naturales y de los servicios ecosistémicos, como la agricultura, la pesca y los recursos forestales. No tienen otras actividades financieras y otros recursos que les permitan adaptarse a los impactos climáticos o hacer frente a situaciones catastróficas, y poseen poco acceso a servicios sociales y a protección.” (25).

Ello provoca migración. “Es trágico el aumento de los migrantes huyendo de la miseria empeorada por la degradación ambiental, que no son reconocidos como refugiados en las convenciones internacionales y llevan el peso de sus vidas abandonadas sin protección normativa alguna. (...) La falta de reacciones ante estos dramas de nuestros hermanos y hermanas es un signo de la pérdida de aquel sentido de responsabilidad por nuestros semejantes sobre el cual se funda toda sociedad civil” (25). La falta de acceso y de calidad del agua, la pérdida de la biodiversidad y la deuda ecológica son aspectos particularmente acuciantes.

El Papa Francisco expresa suma preocupación por la debilidad de las reacciones frente a tanto sufrimiento humano. “Muchos de aquellos que tienen más recursos y poder económico o político parecen concentrarse sobre todo en enmascarar los problemas o en ocultar los síntomas, tratando sólo de reducir algunos impactos negativos del cambio climático.” (26). “Llama la atención la debilidad de la reac-

¹ <https://vaticancloud.vatican.va/oc/public.php?service=files&t=d658577c20b59ccf66221341b14258dd>

ción política internacional. El sometimiento de la política ante la tecnología y las finanzas se muestra en el fracaso de las Cumbres mundiales sobre medio ambiente. Hay demasiados intereses particulares y muy fácilmente el interés económico llega a prevalecer sobre el bien común y a manipular la información para no ver afectados sus proyectos (54).

“Es previsible que, ante el agotamiento de algunos recursos, se vaya creando un escenario favorable para nuevas guerras, disfrazadas detrás de nobles reivindicaciones. La guerra siempre produce daños graves al medio ambiente y a la riqueza cultural de las poblaciones, y los riesgos se agigantan cuando se piensa en las armas nucleares y en las armas biológicas” (57).

“El medio ambiente es un bien colectivo, patrimonio de toda la humanidad y responsabilidad de todos. Quien se apropia algo es sólo para administrarlo en bien de todos.” (95).

Raíz humana de la crisis ecológica

“La humanidad ha ingresado en una nueva era en la que el poderío tecnológico nos pone en una encrucijada” (102). “La tecnociencia bien orientada no sólo puede producir cosas realmente valiosas para mejorar la calidad de vida del ser humano. (...) También es capaz de producir lo bello...” (103). “Pero no podemos ignorar que la energía nuclear, la biotecnología, la informática, el conocimiento de nuestro propio ADN y otras capacidades que hemos adquirido nos dan un tremendo poder. Mejor dicho, dan a quienes tienen el conocimiento, y sobre todo el poder económico para utilizarlo, un dominio impresionante sobre el conjunto de la humanidad y del mundo entero. Nunca la humanidad tuvo tanto poder sobre sí misma y nada garantiza que vaya a utilizarlo bien, sobre todo si se considera el modo como lo está haciendo. (...) ¿En manos de quiénes está y puede llegar a estar tanto poder? Es tremendamente riesgoso que resida en una pequeña parte de la humanidad.” (104).

“La especialización propia de la tecnología implica una gran dificultad para mirar el conjunto. (...) Una ciencia que pretenda ofrecer soluciones a los grandes asuntos, necesariamente debería sumar todo lo que ha generado el conocimiento en las demás áreas del saber, incluyendo la filosofía y la ética social. Pero este es un hábito difícil de desarrollar hoy” (110). “Lo que está ocurriendo nos pone ante la urgencia de avanzar en una valiente revolución cultural. La ciencia y la tecnología no son neutrales, sino que pueden implicar desde el comienzo hasta el final de un proceso diversas intenciones o posibilidades, y pueden configurarse de distintas manera” (114).

Una ecología integral

“Dada la magnitud de los cambios, ya no es posible encontrar una respuesta específica e independiente para cada parte del problema. Es fundamental buscar soluciones integrales que consideren las interacciones de los sistemas naturales entre sí y con los sistemas sociales. No hay dos crisis separadas, una ambiental y otra social, sino una sola y compleja crisis socio-ambiental. Las líneas para la solución requieren una aproximación integral para combatir la pobreza, para devolver la dignidad a los excluidos y simultáneamente para cuidar la naturaleza” (139).

“Junto con el patrimonio natural, hay un patrimonio histórico, artístico y cultural, igualmente amenazado. Es parte de la identidad común de un lugar y una base para construir una ciudad habitable. No se trata de destruir y de crear nuevas ciudades supuestamente más ecológicas, donde no siempre se vuelve deseable vivir. Hace falta incorporar la historia, la cultura y la arquitectura de un lugar, manteniendo su identidad original. Por eso, la ecología también supone el cuidado de las riquezas culturales de la humanidad en su sentido más amplio” (143).

“La visión consumista del ser humano (...) tiende a homogeneizar las culturas y a debilitar la inmensa

variedad cultural, que es un tesoro de la humanidad. Por eso, pretender resolver todas las dificultades a través de normativas uniformes o de intervenciones técnicas lleva a desatender la complejidad de las problemáticas locales, que requieren la intervención activa de los habitantes. (...) Hace falta incorporar la perspectiva de los derechos de los pueblos y las culturas, y así entender que el desarrollo de un grupo social supone un proceso histórico dentro de un contexto cultural y requiere del continuado protagonismo de los actores sociales locales *desde su propia cultura*” (144).

“... es indispensable prestar especial atención a las comunidades aborígenes con sus tradiciones culturales. (...) Para ellos, la tierra no es un bien económico, sino don de Dios y de los antepasados que descansan en ella, un espacio sagrado con el cual necesitan interactuar para sostener su identidad y sus valores. Cuando permanecen en sus territorios, son precisamente ellos quienes mejor los cuidan. Sin embargo, en diversas partes del mundo, son objeto de presiones para que abandonen sus tierras a fin de dejarlas libres para proyectos extractivos y agropecuarios que no prestan atención a la degradación de la naturaleza y de la cultura” (146).

“La ecología humana es inseparable de la noción de bien común, un principio que cumple un rol central y unificador en la ética social. Es «el conjunto de condiciones de la vida social que hacen posible a las asociaciones y a cada uno de sus miembros el logro más pleno y más fácil de la propia perfección»²” (156). “En las condiciones actuales de la sociedad mundial, donde hay tantas inequidades y cada vez son más las personas descartables, privadas de derechos humanos básicos, el principio del bien común se convierte inmediatamente, como lógica e ineludible consecuencia, en un llamado a la solidaridad y en una opción preferencial por los más pobres. Esta opción implica sacar las consecuencias del destino común de los bienes de la tierra, pero, [...] exige contemplar ante todo la inmensa dignidad del pobre a la luz de las más hondas convicciones creyentes” (158).

Algunas líneas de orientación y acción

“Un mundo interdependiente no significa únicamente entender que las consecuencias perjudiciales de los estilos de vida, producción y consumo afectan a todos, sino principalmente procurar que las soluciones se propongan desde una perspectiva global y no sólo en defensa de los intereses de algunos países. La interdependencia nos obliga a pensar en *un solo mundo, en un proyecto común*. Pero la misma inteligencia que se utilizó para un enorme desarrollo tecnológico no logra encontrar formas eficientes de gestión internacional en orden a resolver las graves dificultades ambientales y sociales. Para afrontar los problemas de fondo, que no pueden ser resueltos por acciones de países aislados, es indispensable un consenso mundial que lleve, por ejemplo, a programar una agricultura sostenible y diversificada, a desarrollar formas renovables y poco contaminantes de energía, a fomentar una mayor eficiencia energética, a promover una gestión más adecuada de los recursos forestales y marinos, a asegurar a todos el acceso al agua potable” (164).

“Algunas de las estrategias de baja emisión de gases contaminantes buscan la internacionalización de los costos ambientales, con el peligro de imponer a los países de menores recursos pesados compromisos de reducción de emisiones comparables a los de los países más industrializados. La imposición de estas medidas perjudica a los países más necesitados de desarrollo. De este modo, se agrega una nueva injusticia envuelta en el ropaje del cuidado del ambiente” (170).

“Los países pobres necesitan tener como prioridad la erradicación de la miseria y el desarrollo social de sus habitantes, aunque deban analizar el nivel escandaloso de consumo de algunos sectores privilegiados de su población y controlar mejor la corrupción. También es verdad que deben desarrollar formas menos contaminantes de producción de energía, pero para ello requieren contar con la ayuda de los

² http://w2.vatican.va/content/francesco/es/encyclicals/documents/papa-francesco_20150524_enciclica-laudato-si.html#_ftn122

países que han crecido mucho a costa de la contaminación actual del planeta” (172).

“Urgen acuerdos internacionales que se cumplan, dada la fragilidad de las instancias locales para intervenir de modo eficaz. [...] Hacen falta marcos regulatorios globales que impongan obligaciones y que impidan acciones intolerables, como el hecho de que países poderosos expulsen a otros países residuos e industrias altamente contaminantes” (173).

“La misma lógica que dificulta tomar decisiones drásticas para invertir la tendencia al calentamiento global es la que no permite cumplir con el objetivo de erradicar la pobreza. Necesitamos una reacción global más responsable, que implica encarar al mismo tiempo la reducción de la contaminación y el desarrollo de los países y regiones pobres” (175).

“La política no debe someterse a la economía y ésta no debe someterse a los dictámenes y al paradigma eficientista de la tecnocracia. Hoy, pensando en el bien común, necesitamos imperiosamente que la política y la economía, en diálogo, se coloquen decididamente al servicio de la vida, especialmente de la vida humana. La salvación de los bancos a toda costa, haciendo pagar el precio a la población, sin la firme decisión de revisar y reformar el entero sistema, reafirma un dominio absoluto de las finanzas que no tiene futuro y que sólo podrá generar nuevas crisis...” (189).

“...un camino de desarrollo productivo más creativo y mejor orientado podría corregir el hecho de que haya una inversión tecnológica excesiva para el consumo y poca para resolver problemas pendientes de la humanidad; podría generar formas inteligentes y rentables de reutilización, refuncionalización y reciclado; podría mejorar la eficiencia energética de las ciudades” (192).

“Para que surjan nuevos modelos de progreso, necesitamos «cambiar el modelo de desarrollo global»³, lo cual implica reflexionar responsablemente «sobre el sentido de la economía y su finalidad, para corregir sus disfunciones y distorsiones»⁴” (194).

“El principio de maximización de la ganancia, que tiende a aislarse de toda otra consideración, es una distorsión conceptual de la economía: si aumenta la producción, interesa poco que se produzca a costa de los recursos futuros o de la salud del ambiente; si la tala de un bosque aumenta la producción, nadie mide en ese cálculo la pérdida que implica desertificar un territorio, dañar la biodiversidad o aumentar la contaminación” (195).

“La mayor parte de los habitantes del planeta se declaran creyentes, y esto debería provocar a las religiones a entrar en un diálogo entre ellas orientado al cuidado de la naturaleza, a la defensa de los pobres, a la construcción de redes de respeto y de fraternidad. Es imperioso también un diálogo entre las ciencias mismas, porque cada una suele encerrarse en los límites de su propio lenguaje, y la especialización tiende a convertirse en aislamiento y en absolutización del propio saber. Esto impide afrontar adecuadamente los problemas del medio ambiente. También se vuelve necesario un diálogo abierto y amable entre los diferentes movimientos ecologistas, donde no faltan las luchas ideológicas. La gravedad de la crisis ecológica nos exige a todos pensar en el bien común y avanzar en un camino de diálogo que requiere paciencia, ascesis y generosidad, recordando siempre que «la realidad es superior a la idea»⁵” (201). ↵

3 http://w2.vatican.va/content/francesco/es/encyclicals/documents/papa-francesco_20150524_encyclica-laudato-si.html#_ftn136

4 http://w2.vatican.va/content/francesco/es/encyclicals/documents/papa-francesco_20150524_encyclica-laudato-si.html#_ftn137

5 http://w2.vatican.va/content/francesco/es/encyclicals/documents/papa-francesco_20150524_encyclica-laudato-si.html#_ftn143

nuestro sitio

con *nueva* imagen

www.alainet.org

- realidad regional actualizada diariamente
- dinámicas sociales
- noticias, opinión y análisis
- más de 81 mil documentos clasificados
- búsquedas por tema, autor, fecha, país, palabra





AMERICA LATINA *en movimiento*

revista mensual

ACTUALIDAD Y PENSAMIENTO LATINOAMERICANO

- Realidad Regional
- Procesos Sociales
- Problemáticas Contemporáneas

Un esfuerzo conjunto de analistas y pensadores destacados, organizaciones sociales y ciudadanas, escritores y comunicadores comprometidos con las causas sociales.

Fuente de información imprescindible para líderes de opinión, dirigentes sociales, activistas políticos, centros de estudios y formación, periodistas y medios de comunicación, organismos de desarrollo...

¡SUSCRIBETE!

Tu aporte garantiza la continuidad y calidad de nuestra labor informativa
info@alainet.org • www.alainet.org/revista_phtml